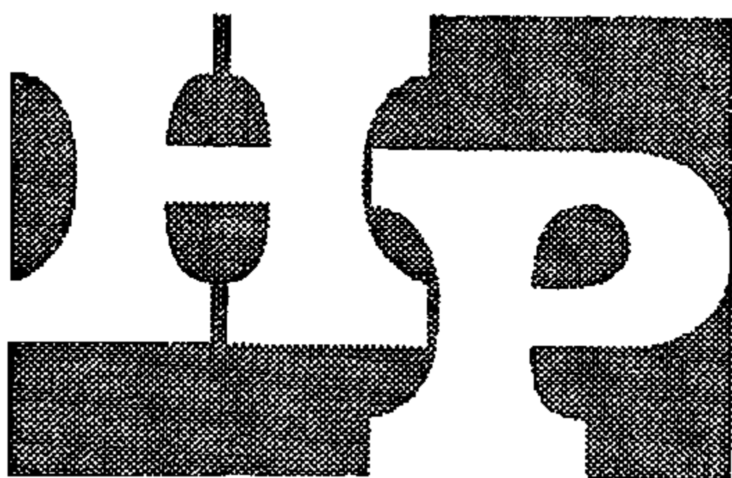


Keith Luger

UNA VIUDA MUY ALEGRE





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

UNA VIUDA MUY ALEGRE

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 282
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 10968-1975

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: mayo, 1975

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El barbero de Jefferson City, Walter Boyd, estaba afeitando al ayudante del *sheriff*, Stephen Rowe.

—¿Será tan hermosa como dicen, Stephen?

—Mucho más.

—¿La viste alguna vez?

—No.

—Entonces, ¿por qué sabes que es tan hermosa?

—Por la misma razón que tú, porque me lo han dicho.

Un viejo que estaba sentado en una silla tosió aparatosamente, llamando la atención, y apuntándose al pecho con un dedo sarmentoso, dijo:

—Yo conozco a la senadora Sawson.

Walter Boyd interrumpió el afeitado y Steve Rowe se irguió en el sillón.

—Hable, señor Haas —dijo Boyd.

El abuelo tosió otra vez, aunque menos fuerte que antes, y sonrió enseñando unas encías desdentadas.

—Melinda Sawson es la mujer más bella, más atractiva y más seductora que existe desde Boston hasta el océano Pacífico. Yo la vi hace cosa de dos años cuando ella y su marido fueron a Carson City para inaugurar la nueva cárcel. El senador pronunció un discurso, pero juro que nadie le escuchó. Todo el mundo estaba pendiente de la senadora. Cuando terminó el acto, no hubo presos que meter en la nueva cárcel porque los cuatro que tenían se habían escapado. El *sheriff*, muy aprisa, tuvo que pagar a dos tipos para que se dejasen encerrar o no habría inauguración. Sí, señores. Eso fue posible porque todo el mundo estaba pendiente de aquella hermosa mujer, Melinda Sawson.

El barbero y el ayudante del *sheriff* de Jefferson City se habían quedado con la boca abierta, escuchando al viejo.

De repente, llegó un griterío de la calle.

El ayudante saltó del sillón y estuvo a punto de cortarse con la navaja que sostenía el barbero.

—¡Walter, ve a ver qué pasa! —gritó el ayudante.

El barbero corrió hacia la puerta y asomó la cabeza.

Se volvió gesticulando con la navaja, y el abuelo tuvo que agacharse muy aprisa para evitar ser decapitado.

—¡La senadora! —exclamó Walter Boyd, atragantándose—. ¡Ya está aquí! Y viene con su ataúd…

El ayudante del *sheriff* saltó del sillón, se limpió muy aprisa los restos de jabón, y salió disparado de la barbería.

Ya en la calle, miró el gentío que se aglomeraba en el fondo.

Otra vez echó a correr y entró en la comisaría, más arriba del negocio de Walter Boyd.

—¡Eh, jefe, ya está el muerto aquí…!

El *sheriff* estaba tomando su desayuno favorito, chocolate con picatostes, y dio tal salto que se arrojó media taza de chocolate a la cara.

—¡Stephen, maldita sea, mira que has hecho!

—¿No está bueno el chocolate?

—¡Claro que está bueno, pero me estoy achicharrando…! ¡Una servilleta! ¡Dame una servilleta!

El ayudante Stephen se hizo un lío.

—Ahora mismo voy al restaurante a por una servilleta.

—¡Para entonces estaré cocido! —gritó el *sheriff* y sacó su propio pañuelo del bolsillo.

Estaba en su día malo y pegó con el codo a la taza. El resto del chocolate cayó sobre sus pantalones.

Stephen Rowe bailoteó junto a la puerta.

—Eh, jefe, cuidado… Se va a poner de chocolate hasta el cuello.

—¡Ya estoy de chocolate hasta el cuello! ¿Es que no me ves? —gritó el *sheriff* mientras se limpiaba la cara.

—Bueno, sólo quería decirle que el muerto está entrando por la calle.

Un viejo se levantó del jergón que había en la celda al fondo de la estancia y se puso a gritar.

—¡Cielos, *sheriff*! ¡Que no entre aquí el muerto!

Era Andy Heston, de cincuenta años, profesión, su *whisky*. Se pasaba la vida de saloon en saloon, esperando que alguien le invitase. Para ello llevaba un banjo con el que se acompañaba cantando canciones vaqueras.

—¡Andy, cállate! —gritó el *sheriff*.

Los ojos de Heston se habían desencajado. Se le notaba un poco afectado por el *whisky* y eso era lógico porque la noche anterior había sido metido en la cárcel con una gran borrachera.

—*Sheriff*, usted no puede dejar que ese muerto llegue aquí y me lleve.

—Ojalá viniese, para llevarte de una vez de Jefferson City. Por desgracia, no se trata de lo que tú crees, Andy.

—¿Qué pasa, *sheriff*?

—Se trata del cadáver del senador Gregory Sawson, una gloria del Estado. Murió hace una semana en Washington cuando estaba defendiendo la ley de subsidios a los rancheros afectados por la sequía.

—Oh, sí, ahora recuerdo, el sinvergüenza de Sawson.

—¿Qué has dicho, Andy?

—¿No habla de ese tipo que era bígamo?

—Jamás se demostró que tuviese más de una mujer. Son calumnias, Andy. Su esposa es la Bella Melinda conocida en todo Texas.

—Pero también tenía a Perla Krell.

—Perla Krell es una girl que el señor Sawson había lanzado.

—Sí, es el truco de los peces gordos. Si yo tuviese dinero, madre mía, las que yo lanzaría…

—Silencio, Andy, estás borracho.

—No, *sheriff*, se equivoca, sólo tengo una pequeña resaca.

—¿Tú una resaca? Apuesto a que tienes toda una tempestad del Atlántico…

Stephen Rowe asomó la cabeza hacia la calle.

—Eh, jefe, ya están a punto de llegar. La gente se aglomera al final de la calle.

En eso, se oyeron unos disparos.

—La guardia de honor está haciendo una salva —anunció Stephen—. Jefe, si el alcaide no le ve allí se va a molestar. Usted es

un representante de las fuerzas vivas, recuérdelo.

—Sí, soy de las fuerzas vivas, pero un día de éstos me vais a matar a disgustos. Fíjate el pantalón que me he puesto… Tendré que cambiarme.

—Está usted muy viejo jefe, nadie lo va a notar.

El *sheriff* cerró un ojo y miró a su ayudante con el otro.

—Stephen, un día de éstos te voy a meter el puño en la boca, a ver si te callas. Pero está bien, iré con mi pantalón manchado de chocolate.

—Eh, jefe —intervino el viejo Andy—. ¿Por qué no abre la puerta y deja que vaya a ver el espectáculo?

—No se trata de ningún espectáculo. ¡Duerme, Andy, te hace falta!

Poco después, el *sheriff* Cárter Clyde y su ayudante Stephen Rowe salían de la oficina sobre cuya puerta dejaron el cartel en que se leía:

«Estamos fuera, pero volveremos en seguida».

Al final de la calle, había una gran aglomeración.

Media docena de hombres disparaban sus rifles al aire, delante de un ataúd que había sido sacado de una galera.

Los ciudadanos de Jefferson City se habían endomingado para presenciar el acto.

El *sheriff* y su ayudante llegaron a tiempo de oír un trozo de discurso del alcalde.

—Damas y caballeros, demos gracias al Cielo por permitirnos rendir el homenaje póstumo a este hijo ilustre de Texas, el senador Gregory Sawson, que, como todos los valientes, murió al pie del cañón.

Detrás del ataúd había una mujer enlutada, de fascinante hermosura. El velo trasparentaba su hermoso rostro y sus bucles rubios.

El ayudante pegó un codazo al *sheriff* y dijo:

—Demonios, cómo está la viuda.

—Stephen, un poco más de respeto.

—Oh, sí, autoridad, sólo era un comentario.

—Ya sé que es un comentario y que no vas a llegarte allí para decírselo.

—No será por falta de ganas.

—Silencio, he dicho.
—Sí, señor.
El alcalde continuaba su inflamado discurso.
—Fue una gloria de Texas, fue un hombre que sacrificó todo lo que tenía para que nuestro gran Estado llegase a lo más alto… Hoy es un día triste para Jefferson City. Yo sé que todas las personas en esta ciudad, ancianos, hombres y mujeres, llorarán a nuestro querido senador Sawson.
El barbero Walter Boyd, que carecía del sentido de la oportunidad, gritó:
—¡Viva el senador Sawson!
Algunos, sugestionados, gritaron:
—¡Viva!
El *sheriff* pegó un pisotón al barbero y éste lanzó un aullido de dolor.
—Boyd, si vuelves a abrir otra vez la boca, juro que te meto en la caja con el senador.
El alcalde y otros seis hombres se acercaron a donde estaba la viuda para darle el pésame.
El almacenista Frank Hogan, que era un mujeriego de cuidado, retuvo demasiado tiempo la mano de la viuda.
—Señora, no sabe cuánto siento lo de su marido. Fuimos grandes amigos, recuerdo que una vez lo acompañé a una cacería. Le contaré la historia completa…
El alcalde soltó un empellón al almacenista para quitarlo de delante de la viuda.
—Disculpe al señor Hogan, señora Sawson.
—Oh, no tuvo importancia —repuso la viuda con una hermosa caída de pestañas.
—Debe estar cansada. Le hemos preparado una *suite* en el hotel Republique. Según el itinerario que nos comunicaron, usted permanecerá aquí con su marido hasta mañana.
—Sí, alcalde, pero, por favor, no meta a mi marido en la *suite*…
—Oh, no, de ninguna manera, a él ya le hemos preparado una bonita habitación en la funeraria.
El *sheriff* habló en voz baja al ayudante:
—El alcalde siempre nos tiene que dejar como berzotas.
El ataúd fue atrapado entre cuatro hombres, pero ganó la rubia

porque fue atrapada por seis.

El alcalde empezó a dar codazos y a dirigir furiosas mirada a su alrededor. Por fin, dejaron que él sólo llevara del brazo a la viuda, con la que se dirigió al hotel Republique.

Paul Vengers, el dueño del hotel, dobló en dos el espinazo.

—Señora Sawson, nos sentimos muy honrados de tenerla entre nosotros. Lo he dispuesto todo para que pase una noche confortable. Si quiere bañarse, en un momento le subimos agua.

—Sí, gracias, me bañaré.

La rubia y el alcalde subieron por la escalera y poco después entraban en la *suite*.

La joven se quitó entonces el sombrero y el alcalde se quedó con la boca abierta admirando la belleza de su huésped de honor.

—Señor Lamb, no sé cómo agradecerle sus desvelos.

—Oh, no diga eso. Usted se lo merece todo…

El alcalde se dijo que con un poco de suerte, estaría allí un rato y, con otra ración más de suerte, podría hasta conseguir que la señora Sawson le invitase a cenar.

Pero sus esperanzas se convirtieron en polvo cuando ella dijo:

—Quiero descansar, señor Lamb.

—Oh, sí, ya me retiro.

—Lo veré a usted mañana.

—Desde luego, señora Sawson. Yo mismo vendré a despertarla —el alcalde se puso colorado—. Quiero decir que llamaré a la puerta, claro…

—Buenas tardes, señor alcalde.

Lamb hizo una inclinación y, sonriente, se retiró, cruzándose con la doncella de la señora Sawson y con un hombre que traía dos maletas.

El hombre recibió una propina de manos de Melinda y también se fue.

—Natalie —dijo Melinda Sawson—. Menos mal que he podido librarme de esos pesados.

—Temí que estrujasen a la señora —dijo la doncella.

—Sí, faltó poco para que me llevasen en volandas. Menos mal que el zopenco del alcalde quitó de en medio a los que él creía rivales.

—Es que la señora es tan linda…

—Gracias, Natalie, pero tú tampoco estás mal.

Natalie, que era monilla, aunque un poco tonta, sonrió.

—Pero, no me los llevo de calle como usted, señora. Y es lo que yo digo, ¿qué tiene la señora que no tenga una?

—Eres muy desvergonzada, Natalie, y cualquier día de éstos te voy a apartar de mi lado.

—Perdone la señora, pero es que en mi casa me enseñaron a no tener pelos en la lengua.

Se abrió la puerta sin que nadie llamase y entró un botones con un cubo de agua caliente mientras gritaba:

—¡Agua para el siete!

La señora Sawson levantó la barbilla.

—Eh, oiga, ¿cómo se llama?

—Leo, para servirla a usted de la cabeza a los pies.

—Me gustaría saber una cosa.

—Diga.

—¿Eres un caradura o un retrasado mental?

—Sólo puedo decirle que en mi casa éramos muy pobres.

—¿De veras?

—Deje que le cuente la historia de mis siete hermanos.

Como el botones se dirigía hacia la señora Sawson ésta dio un salto.

—¡Si das un paso más me pongo a dar gritos!

—No sea usted así, señora Sawson. Yo sólo quería divertirla un poco. Me hago cargo de que está haciendo usted un viaje muy penoso con ese muerto para arriba y para abajo…

—¡Sal inmediatamente de mi *suite*, Leo!

—¿No quiere más agua caliente?

—Ya se ocupará mi doncella de eso.

—Está bien, entonces yo me ocuparé de la doncella.

—Tú harás bien en ponerte las manos a la espalda delante de mí y de mi doncella. De lo contrario, me quejaré a la dirección.

El botones dio un suspiró.

—Soy un incomprendido, señora Sawson, pero ya me voy.

El botones hundió la barbilla en el pecho y salió de la *suite*.

Natalie dio un suspiro.

—Pero qué empleados más simpáticos.

—Vete a por el agua caliente y regresa en seguida.

—Sí, señora.

—Cuidado en pegar la hebra con Leo. —Como mande la señora.

Natalie salió de la *suite* dejando a solas a la viuda Sawson.

La joven dio un suspiro.

Le gustaba fumar pero no lo hacía en presencia de los hombres. Ahora que no había ninguno delante, encendió un cigarrillo.

Finalmente quedó en una silla y empezó a desabotonarse el vestido por la espalda. Pero no acertó con uno.

—Con permiso —dijo una voz varonil.

Ahora el botón quedó fuera del ojal.

—Gracias —dijo Melinda.

De pronto, dio un brinco y volvió la cabeza.

Vio ante ella a un hombre moreno, de facciones varoniles, ojos azules. Sus labios sonreían formando un hoyuelo en cada mejilla.

—Pero ¿quién es usted? —exclamó Melinda.

—Me llaman el *desabotonador* de las rubias bonitas.

—No estoy para bromas. Le he hecho una pregunta.

—Está bien, le diré mi nombre.

—Muy amable.

—Tom Leander.

—¿Y qué quiere, señor Leander? Imagino que no habrá venido aquí solo a desabotonarme.

—Bueno, eso será porque usted no quiere.

—Señor Leander, ¿es qué en este pueblo solo piensan en las mujeres?

—Y en los muertos.

—Entiendo. Es el sepulturero de la localidad. Ya tuve visitas similares en otras ciudades. Me rogaban que dejase a mi marido en el cementerio local, pero usted no va a conseguir más que sus colegas.

—Se equivoca, señora Sawson. No soy sepulturero.

—Pero usted ha dicho, que le gustan los muertos.

—Sí, me gustan mucho, especialmente los que viajan con joyas por valor de doscientos mil dólares.

CAPÍTULO II

La señora Sawson estaba pestañeando mucho después de haber oído a Tom Leander.

—¿Qué es lo que acaba de decir, señor sepulturero, quiero decir, señor Leander?

—Doscientos mil dólares.

—No entiendo una palabra.

—Vamos, señora Sawson, no sea usted tan dura de oído. Sabe perfectamente a lo que me refiero.

La hermosa rubia se puso en pie.

—Señor Leander, si no se marcha ahora mismo, empiezo a gritar.

Tom Leander se sentó a horcajadas en una silla y dijo:

—Ande, ya puede gritar.

La señora Sawson se quedó muy sorprendida ante aquella actitud.

—Pero ¿qué demonios quiere usted?

—Me va a dar usted la llave, señora Sawson.

—¡No le daré la llave de mi cuarto!

—Usted es muy atractiva, señora Sawson, pero nuestro asunto personal lo dejaremos para más adelante. Con ello, quiero decirle que no me refería a la llave de esta *suite*. Además, no me haría falta, como le acabo de demostrar.

—¿A qué llave se refiere entonces?

—A la del ataúd donde descansa su llorado esposo.

—Cielos, ¿pero qué está usted diciendo?

—No se haga de nuevas. Se lo he dicho bien claro. La llave del cajón, donde viaja su marido.

—¿Para qué quiere a Gregory?

—Gregory no me hace ninguna falta, señora Sawson. Son las joyas que él tiene.

—Usted debe estar loco. Gregory sólo conserva cuatro dientes de oro. Y por si le sirve de algo, su reloj, por propia voluntad y según estableció en su testamento, fue legado a su amigo más íntimo, William Maddern.

—Señora Sawson, debo advertirle que mi fuerte no es la paciencia. En el ataúd de su marido hay joyas por valor de doscientos mil dólares. Usted tiene cara de pilla y estoy seguro que sabe a lo que me refiero.

—Señor Leander, no pasaré por alto una ofensa más.

La joven se dirigió resueltamente hacia la puerta, pero tuvo que pasar junto a Leander y éste, levantándose, la atrapó por la muñeca.

—Dame la llave de una vez.

—Está bien.

La joven tomó el bolso que había dejado sobre una silla.

Pero no sacó la llave, sino un revólver.

Leander no se dejó sorprender. Estaba demasiado cerca de ella y le pegó en la mano.

La joven dio un chillido cuando perdió el arma.

—Miserable, me has roto el hueso.

—Te debería romper las costillas, rubia. Y ahora, se acabó. Dame la llave del ataúd o te hincho un ojo. Y vas a estar muy fea.

—Las joyas me pertenecen.

—No me digas.

—Son de la familia.

—Conozco la historia, dulzura. Esas joyas fueron robadas por tu marido. Tenía otros cómplices pero el senador quiso dejarlos con un palmo de narices y con algo más. Con plomo en el cuerpo… Pero el senador cometió un error. No contó con que sus dos cómplices hablarían.

—No lo entiendo en absoluto.

Leander exhaló el aire y dijo:

—Tu marido, el senador, contrató a Jeff Reynolds y a Mark Reubens para robar las joyas de la esposa de un colega suyo, el senador Smith. Naturalmente, Reynolds y Reubens fueron los que hicieron el trabajo. Tu marido se limitó a darles un plano de la casa y decirles cómo y cuándo deberían hacer el trabajo. ¿Y qué pasó

después? Yo te lo diré. El senador recibió en su casa de Washington a Reynolds y Reubens que llevaban las joyas. Tu esposo tenía que venderlas. ¿Y qué se le ocurrió a tu marido? Le pegó dos tiros a cada uno y luego dijo que eran dos ladrones que había sorprendido en su despacho. Pero vuelvo a repetirte que el muy ilustre hijo de Texas no tuvo en cuenta ciertas cosas. En el transcurso de un banquete, mientras pronunciaba un discurso, le dio un ataque al corazón y se murió en media hora.

—¿Y qué pasó con las joyas, suponiendo que tu historia sea verdad?

—Ahí entras tú, nena. El día del discurso tú estabas en Washington. Habías llegado esa mañana.

Quizá tu esposo te contó lo de las joyas o quizá las encontraste por casualidad. El caso es que sumaste dos y dos y te dijiste que, si tu marido tenía todas aquellas joyas y había muerto, tú deberías evitar que se supiese porque, naturalmente, procedían de un negocio no muy sano.

—He oído muchas tonterías en mi vida, pero ésta se lleva el primer premio.

—Continuaré con la tontería —repuso Leander con sarcasmo.

—Adelante, tipo listo.

—Entonces te sacaste de la manga lo de trasladar los restos de tu marido a su pueblo natal, Los Abedules.

—¡Es falso! En cuanto sobrevino la repentina muerte de mi esposo, el alcalde de Los Abedules telegrafió a Washington diciendo que el pueblo en masa quería que los restos de su ilustre hijo durmiesen en el cementerio de la colina.

—Sí, conforme se va a la derecha.

—¡No consiento que ningún bastardo se burle de mí y menos de mi marido muerto!

—Miren a la pobre viudita que no se lo puede ganar… Y tiene doscientos mil dólares en joyas en el ataúd del senador.

—Yo no tengo nada. Sólo a él. Es lo único que me queda.

—¿Derramo ahora una lágrima?

—Bastardo.

—Ya está bien, nena. La llave o la vida. La joven hizo un gesto furioso y atrapó el bolso.

—Está bien, aquí tienes la llave del ataúd, pero no vas a

encontrar nada. Sólo al muerto.

—Me contento.

—Eso ya lo veremos.

Leander recibió la llave de manos de la atractiva rubia y se encaminó hacia la puerta.

—Espera un momento, Leander.

—Dime.

—Supón que aviso al *sheriff*.

—No te trae cuenta esa travesura, preciosa. Ya te lo dije antes. Eres muy bonita y atraes a los hombres, pero con una cara llena de navajazos las iba a pasar moradas. ¿No te parece?

—¡Fuera! —gritó Melinda, los puños apretados contra los muslos.

Leander dio un beso a la llave que sostenía con la diestra y salió de la *suite*.

Melinda dio una patadita en el suelo llena de ira.

—¿Por qué me tiene que pasar a mí esto? ¿Por qué? —gritó.

La doncella llamada Natalie entró en aquel momento. Traía un cubo de agua pero éste se le había helado y la culpa era de ella y del empleado del hotel llamado Leo.

—¿Qué le pasa, señora? La veo furiosa.

—No es cuenta tuya, Natalie.

En aquel momento llamaron a la *suite*.

—Adelante —dijo Melinda.

Se abrió la puerta y entró un hombre de unos treinta y cinco años, rubio, muy guapo.

—¿Cómo estás, Melinda?

—Johnny, por fin te veo.

Natalie dio un suspiro. Johnny Booth era un sol de hombre. Se lo había dicho muchas veces a la señora.

—Siento mucho lo de tu esposo, Melinda…

—Ya no hay remedio…

—¿Cómo murió?

—Como un pajarito.

—Pobre Gregory…

—Sí, pobre…

—Lo voy a echar mucho de menos.

—Yo también.

La doncella, respetuosamente, salió de la *suite*.

Johnny miró hacia atrás, y cuando la puerta se cerró, miró a Melinda y dijo:

—Bueno, nena, todo saldrá bien. Se me hace la boca agua al pensar que vamos a disfrutar de los doscientos mil dólares.

Capítulo III

Melinda dijo:

—Despídete de las joyas, querido.

—¿Qué?

—Se las van a llevar de un momento a otro.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes, guapo.

Johnny le echó las manos al cuello y Melinda gritó:

—¡Eh, cuidado, que me ahogas!

—Es lo que voy a hacer contigo. Estrangularte si no me dices dónde metiste las joyas.

—Están donde deben estar, en el ataúd.

—¿Y qué pasó con ellas?

—Hace un rato vino un tipo que dijo llamarse Tom Leander. Estaba al corriente de nuestro asunto y me pidió la llave.

—Melinda, no me vengas con ésas o te la ganas.

—Te estoy diciendo la verdad.

—¿Por qué le diste la llave?

—Porque él la quería.

—Maldita sea, eres estúpida.

—Me amenazó con llenarme la cara de cicatrices.

—Es lo que voy a hacer contigo si perdemos las joyas.

—Pues si no te das prisa, los dos vamos a pasar la mano por la pared.

John soltó una bofetada a Melinda, la cual giró como una peonza y cayó sobre la cama.

—¡Eres un miserable, Johnny!

Booth la señaló con el dedo.

—Eso no es nada comparado con lo que voy a hacer contigo si

las joyas desaparecen del ataúd.

—¿Qué culpa tengo yo?

—¿Quién me dice que no es un cómplice tuyo y que estás representando una comedia?

—Anda, sigue pensando así y te estallarán los sesos en la cabeza.

Johnny titubeó un instante, pero finalmente salió de la estancia.

Bajó los peldaños de dos en dos y salió a la calle.

Dos minutos más tarde entraba en la empresa de pompas fúnebres de Slim Anders.

Se encontró en una pequeña habitación con un mostrador. A la izquierda había unas cortinas de terciopelo negro que daban acceso a la sala de los muertos.

Detrás del mostrador vio a un tipo de mejillas chupadas, ojos hundidos en las cuencas y manos muy pálidas.

—¿Dónde está el otro muerto? —preguntó Booth.

—¿El otro?

—Perdón, como lo veo a usted así… Me refería al señor Sawson.

—Pase dentro y verá la caja. Hoy es un día grande, caballero. Estoy recibiendo más visitas que una pelirroja del Vanity.

John Booth apartó las cortinas y entró en la sala. Vio a un tipo que estaba agachado sobre el ataúd el senador Sawson, el cual estaba abierto. Sacó el revólver.

—Deje quietas las manos, señor Leander. Tom volvió la cabeza y arrugó el ceño.

—Eh, ¿quién es usted?

—John Booth, inspector de Sanidad. ¿Sabe usted que no se debe tocar a los difuntos?

—No se preocupe, no comeré el asado sin antes lavarme las manos.

—Por contestar tan inteligentemente le voy a dar un premio.

—Muy generoso.

—Una bala en el epigastrio.

—Será mejor que me la pegue fuera de aquí o me arrojará encima del senador y eso no sería bien visto por el pueblo.

—Levántese, señor Leander, pero procure no tocar el revólver.

Tom Leander se levantó. Sus labios todavía sonreían.

—Oiga, ¿qué mosca le ha picado, señor Booth?

—Hizo una cosa muy fea.

—¿A qué se refiere?

—Entró por las malas en la *suite* de la viuda Sawson y la llenó de miedo, y la amenazó.

Leander dio un suspiro.

—No haga caso de las mujeres, hombre. Ya sabe como son. Exageran por cualquier cosa.

—Oh, comprendo, usted sólo le dijo que le diese la llave para abrir el ataúd porque le estaba muy reconocido al senador, y quería despedirse de él con un beso en la frente.

—Aunque usted no lo crea, el senador hizo mucho por mí y por mis hermanos. Por eso quería verle la cara antes de que lo metiesen en el hoyo.

—Déjese de pamplinas, Leander.

—¿No le gusta la historia?

—Ni pizca.

—Bueno, inventaré otra.

—Déjese de monsergas, Leander. Conozco a los tipos como usted.

—¿Qué pasa con los tipos como yo, Booth?

—Se creen muy listos, pero también se mueren.

—Oiga —sonrió Leander—. ¿Sabe que esa frase es para grabarla?

—Sí, para grabarla en su sepultura, Leander.

—Hombre, no se ponga tan triste.

—Me va a decir ahora mismo quién es usted.

—Ya lo dije, Tom Leander.

—Déjese de bromas. ¿Cómo supo lo de las joyas?

—Me lo contó mi abuelo.

—Sí, claro, se lo contó su abuelo en una noche de lluvia al calor de la lumbre.

—Es posible.

—Leander, tengo un revólver en la mano y de él va a salir una bala que lo va a dejar en el sitio.

—De acuerdo, le diré quién soy.

—No se entretenga mucho o de lo contrario me dará rampa en el dedo. Me refiero al que aprieta el gatillo.

—Yo era un acreedor de Jeff Reynolds, uno de los asalariados del senador. Me contó el robo de las joyas a la señora Smith.

Reynolds me debía trescientos dólares y me dijo que me pagaría con su parte en el golpe. A decir verdad, me contó el plan desde la A hasta la Z… Por eso, cuando el senador Sawson acabó tan brillantemente con los supuestos ladrones que habían entrado en su casa, y me enteré de que uno de ellos era Reynolds, llegué a la conclusión de que Sawson había preparado una trampa a sus cómplices. Decidí ajustarle las cuentas al senador pero no tuve tiempo porque el muy hipócrita sufrió un ataque al corazón mientras discurseaba sobre la justicia.

—¿Y cómo se enteró usted de que las joyas viajarían con el muerto?

—Usé mi inteligencia.

—Ande, convénzame de que es inteligente.

—Las joyas de la señora Smith son las más valiosas que existen hoy en Estados Unidos. No se podrían vender en ninguna parte sin despertar sospechas. Para disfrutar de ellas, lo primero que hay que hacer es trasladarlas a otra nación. ¿Me sigue, señor Booth?

—No pierdo una palabra.

—Me enteré por los periódicos que el senador sería embalsamado en Washington ya que, en su pueblo natal, Los Abedules, habían pedido que se le diese sepultura. Consulté un mapa y vi que Los Abedules es un pueblo de Texas situado a unas cien millas de la frontera de México. Los policías de Washington estaban buscando como locos las joyas de la señora Smith. Uní todas las piezas del rompecabezas y lo conseguí armar. Llegué a la conclusión de que las joyas viajarían con el muerto porque la señora Sawson una vez en Los Abedules, estaría muy cerca de conseguir su objetivo, convertir su botín en dinero en el país vecino.

—Bravo, Leander.

—¿Le gustó la historia?

—No tiene desperdicio.

—Lo celebro.

—No lo va a celebrar por mucho tiempo porque me lo voy a cargar, Leander.

—No diga eso. Podemos llegar a un acuerdo.

—¿Usted cree?

—Me conformaré con cincuenta mil dólares, señor Booth.

—Es usted un muchacho muy poco ambicioso.

—Es lo que decía mi padre, y se quejaba de que con esa forma de pensar mía nunca llegaría muy lejos.

El rubio Booth cabeceó mientras decía:

—Pobres padres, siempre pensando en el porvenir de los hijos.

—Cuánta razón tiene. Se nota que también usted tuvo un padre.

Y así diciendo, Tom Leander estaba tirando del revólver.

Primero disparó John Booth pero, una fracción de segundo después, lo hizo Leander.

Las dos balas mordieron carne.

Por un momento, Leander estuvo a punto de caer encima del senador, pero su pie golpeó contra la caja y cayó fuera.

Booth había recibido el impacto en el pecho y cayó hacia atrás.

Un segundo después, los dos estaban muertos.

CAPÍTULO IV

El funerario Slim Anders entró precipitadamente en la sala, y al ver los tres cadáveres, uno en el ataúd y otros dos en el suelo, retrocedió tambaleándose como si le hubieran pegado en la cabeza con una maza.

Logró apoyarse en la pared y así no cayó.

La gente ya estaba corriendo en la calle.

El *sheriff* entró en la funeraria y, al ver la escena soltó una maldición.

—Slim, ¿qué es lo que has hecho…? ¿No tenías ya un muerto…?

—*Sheriff*, yo no fui.

—Claro, tú no fuiste. Fue el senador.

—Sí, eso debe ser.

—Pero ¿qué estupidez estás diciendo, Slim…? El senador está muerto y no ha podido disparar.

El ayudante del *sheriff*, Stephen Rowe, entró atropelladamente, tropezó con su jefe y lo arrojó al suelo.

El *sheriff* Cárter Clyde lanzó otra serie de juramentos mientras se levantaba.

—Stephen, ¿es que quieres matarme tú también?

El ayudante se estaba rascando el cogote, haciéndose cargo de lo que allí había pasado.

—Demonios, *sheriff*, aquí se ha repartido plomo para parar un tren.

—Eres un tipo muy listo. Anda, dime quién mató a quién.

—Está claro como el agua. El senador ya venía muerto y por tanto esos dos hombres se mataron.

Para llegar a esa conclusión me basta ver que cada uno tiene un revólver en la mano.

El *sheriff* se quedó con la boca abierta y, de pronto, gritó:

—Entonces, ¿por qué el ataúd está abierto…? ¿Es que no ves al senador?

—Sí, lo veo, y está bien conservado.

—Claro que está bien conservado. Lo embalsamaron en Washington.

—Demonios, jefe, esa gente sabe hacer bien las cosas.

—¡Stephen!, no estábamos hablando ahora de Washington, sino de lo que está pasando aquí…

Aceptaré que esos dos tipos se mataron uno al otro, pero ¿por qué…?

—Eso, jefe, ¿por qué…? Demonios, tendrá usted que hacer algo, digo yo.

El *sheriff* sacudió la cabeza.

—Sí, tengo que hacer algo. ¿Y sabes qué…? Cerrar el ataúd del senador y hablar con la viuda.

—Jefe, se me ocurre una idea.

—¿Qué cosa?

—Deje que yo hable con ella.

El *sheriff*, conforme a su costumbre, miró a Stephen con un solo ojo porque había cerrado el otro.

—Con tu permiso, seré yo quien hable con ella. Ocúpate de esos dos muertos. Y usted, funerario, le prohíbo terminantemente que ocurran más muertes en esta sala o terminará por ocupar uno de sus propios ataúdes.

El *sheriff* se ocupó de cerrar el ataúd del senador con la llave y salió furioso de la funeraria.

En el camino se encontró a algunas personas, pero sólo dio información al alcalde.

Poco después, llamaba a la puerta de la *suite* que ocupaba la señora Sawson, en el hotel Republique.

Le abrió Natalie, la doncella de la viuda.

—¿Puedo hablar con la señora?

—Se está bañando.

La nuez del *sheriff* subió y bajó.

—Lo siento, pero es urgente.

Entonces se oyó la voz de la bella Melinda.

—¿Quién es, Natalie?

—El *sheriff*.

—Oh, que pase…

—Pero, usted dijo…

—No importa lo que yo dijese, Natalie. Siendo el representante de la ley, ¿cómo quieres que lo haga esperar?

—Sí, señora.

La doncella se apartó a un lado e hizo pasar al *sheriff*.

Una puerta de la derecha estaba abierta.

El *sheriff* oyó el chapoteo del agua y eso le hizo resecar aún más su garganta.

—Hable, *sheriff*, le escucho desde aquí, pero no sea pillín y no se asome.

—Señora Sawson, en la funeraria ha ocurrido una catástrofe.

—¡No me diga que se incendió y mi marido se ha convertido en cenizas! Fue precisamente lo que dijo en su testamento, que no se incinerase su cuerpo. Siempre le tuvo miedo al fuego.

—No, señora Sawson, su marido está intacto.

—Menos mal.

—Pero no puedo decir lo mismo de los dos tipos que encontré al lado de su esposo.

—¿Dos tipos?

—Uno rubio y otro moreno. Se repartieron hule y allí quedaron tendidos.

—¿Quiere decir… que están muertos?

—Lo están tanto como el senador Sawson. Por eso quería hablarle, por si conocía usted a alguno de los dos tipos.

—Imagino que son los dos hombres que estuvieron aquí.

—¿Le hicieron una visita?

—Sí, primero el moreno y luego el rubio.

—¿Qué querían?

—Sólo vinieron a dar el pésame y a ponerse a mi disposición. Habían sido amigos de mi marido. Yo les dije que se lo agradecía mucho, pero que no necesitaba nada porque las autoridades de este pueblo ya se ocupaban de mí.

—Uno de ellos debió robarle la llave.

—¿La llave?

—La del ataúd. Estaba abierto.

—Cielos, pero ¿por qué?

El *sheriff* se rascó el cogote.

—Bueno, quizá uno de ellos quería ver al senador porque le estaba muy agradecido.

—Sí, eso debe ser, *sheriff*.

—¿No sabe por qué se pusieron a disparar?

—*Sheriff*, me hace usted una pregunta absurda. ¿Cómo quiere que yo lo sepa?

—Sí, tiene usted razón.

—Quizá eran amigos, se encontraron allí y se balearon.

—Claro.

—¿Cerró el ataúd de mi esposo?

—Sí, y también le traigo la llave. La dejaré sobre el tocador.

—Sí, *sheriff*, y gracias por haberse tomado la molestia.

—No fue ninguna molestia, señora Sawson. Ya sabe que me tiene a sus órdenes.

El *sheriff* depositó la llave donde había dicho y se encaminó hacia la salida de la *suite*, dando por terminada su protocolaria visita.

La doncella lo acompañó hasta la puerta y cuando cerró ésta, entró en la habitación adyacente.

—Ya puede dejar de hacer ruido, señora Sawson, el *sheriff* se fue.

La rubia continuaba vestida, y estaba arrodillada ante la bañera, con la mano dentro del agua.

No había querido enfrentarse con el representante de la ley.

—¿Oyó al *sheriff*, señora Sawson? —prosiguió Natalie—. Esos dos buenos mozos que la visitaron se fueron al otro mundo.

—Pobres muchachos —la viuda dio un suspiro. Pero así es la vida, Natalie. Y ahora, el baño. Ya tengo ganas de relajarme un poco. Fue un día de grandes emociones.

La hermosa viuda empezó a desvestirse.

CAPÍTULO V

El *sheriff* de Jefferson City, Cárter Clyde, entró en su oficina.

Su ayudante, Stephen Rowe, se levantó de la silla.

—¿Logró hacerle el amor a la viuda, *sheriff*?

—¿De qué estás hablando, Stephen?

—Oh, perdone, quise decir que si le contó a la viuda la que armó el muerto.

—No la vi a ella. Estaba en el baño.

—Siempre dije que es usted un tipo de suerte.

—Stephen, estás hablando demasiado. Para variar, sería mejor que te callases.

El viejo Andy Heston se acercó a la verja de la celda.

—Eh, *sheriff*, están pasando cosas en el pueblo y yo no me entero.

—No me hace falta que te enteres.

—¿Por qué no me deja libre…? No tiene derecho a detenerme más de veinticuatro horas, lo dice la ley.

—Todavía no hace veinticuatro horas que te encerré, Andy. De modo que, si yo fuese tú, también me callaría.

—*Sheriff*, usted no puede jugármela. Su ayudante me ha dicho que, con motivo de la llegada del muerto, se hacen muchas invitaciones en el saloon.

—Claro, y lo que tú quieres es coger otra borrachera. Pero juro que no te dejaré, Andy.

—¿Por qué me tiene manía, *sheriff*?

—Yo no tengo manía a nadie. Me limito a cumplir con mi obligación. Tú estabas borracho anoche, armando escándalo y, según la ley, yo tenía que encerrarte.

—Pero, *sheriff*…

—A callar, Andy.

El viejo se puso a rezongar una cantinela por lo bajo y se marchó a su jergón.

El *sheriff* Clyde ocupó su silla.

—Espero que no haya más complicaciones. En aquel momento se abrió la puerta. El *sheriff* dio un respingo y miró al recién llegado. Era un forastero.

—¿Qué quiere, amigo?

El forastero frisaba en los treinta años de edad, y era alto, moreno, de fuerte constitución. Hubo un detalle que no le gustó al *sheriff*. Tenía la pistolera demasiado baja.

—Mi nombre es Chuck Marlowe, jefe. Acabo de llegar a Jefferson City. Me iba a reunir aquí con un amigo, pero no lo encontré donde me dijo.

—¿Y adonde le dijo que se encontrarían?

—En el saloon de Ann Mac Giver, el Oriental.

—¿Quién es su amigo?

—Tom Leander, un tipo moreno, simpático. Cuando sonríe, se le forman hoyuelos en las mejillas.

El *sheriff* se pasó una mano por la cara y en ese momento el ayudante dijo:

—Eh, jefe, ese Leander fue uno de los tipos emplomados.

El forastero entornó los ojos.

—¿Qué está diciendo, ayudante?

—Nunca podrá encontrarse con su amigo en el saloon de Ann Mac Giver por la única razón de que está muerto.

—¡Stephen! —gritó el *sheriff*—. ¡Soy yo quien da esa clase de noticias…!

—A la orden, jefe.

Clyde miró a Chuck.

—Es cierto. Su amigo está muerto.

Los músculos faciales de Chuck Marlowe se atirantaron.

—¿Quién lo mató?

—Un rubio llamado Johnny Booth.

Marlowe puso la mano sobre la culata del revólver.

—¿Dónde está ese Johnny Booth?

—¿Para qué lo quiere saber?

—Para cargármelo… Sólo para eso, *sheriff*, para cargármelo.

El ayudante se echó a reír.

—Llega tarde. Su amigo Leander se lo cargó ya.

—¿Cómo pudo hacer eso…?

El *sheriff* intervino, mientras dirigía una furiosa mirada a su ayudante.

—Muy sencillo, Marlowe, se mataron uno a otro. Es difícil, pero a veces ocurre, y esta vez ocurrió.

Marlowe retiró la mano de la culata del revólver y la dejó colgar.

—¿Habló mi amigo antes de morir?

—No.

Marlowe dio un suspiro.

—¿Cómo sabe que no habló con otra persona antes de que lo matasen?

—Oiga, encontramos a su amigo en la funeraria de Slim Anders y estaba ya tieso, lo mismo que el rubio Johnny Booth. Debo decirle que nunca vi antes a Leander.

—Quizá Tom pegó la hebra con alguien en el pueblo.

—Eso no lo sé.

—Está bien, investigaré yo.

Chuck Marlowe se dirigió hacia la puerta.

—Espere un momento, Chuck —dijo el *sheriff*.

—¿Qué quiere, autoridad?

—¿Por qué murió su amigo?

—No lo sé.

—¿No lo sabe o no quiere decirlo?

—Le repito que no lo sé.

—Está bien, puede marcharse, pero antes quiero hacerle una advertencia.

—Hable, jefe.

—No quiero jaleos.

—Ya lo sé, jefe. Ningún *sheriff* quiere jaleos y usted no podía ser una excepción. Hasta luego.

Chuck Marlowe se dirigió al saloon Oriental. Pidió un *whisky* ante el mostrador y, cuando bebía, se le acercó una pelirroja con muchas curvas.

—¿Me invitas, guapo…?

—Claro que sí, pide lo que quieras.

—Un refresco de zarzaparrilla, Louis.

La pelirroja puso un brazo en jarras y midió a Chuck de la cabeza a los pies.

—Eres muy alto. ¿Cuál es tu nombre?

—Chuck Marlowe.

—Yo soy Bárbara la Volcánica.

—Encantado, Bárbara. Quizá me puedas ayudar. Quisiera preguntarte por un muchacho.

—Yo conozco a toda la gente de aquí.

—Mi amigo debió llegar hace poco. Se llamaba Tom Leander.

La joven acusó el impacto.

—Sí, ya sé, uno de los tipos que mataron en la funeraria.

—Eso es.

—Estuvo aquí.

—¿Qué me puedes decir de él, Bárbara?

—Estuvo hablando conmigo.

—¿De qué hablasteis?

—De tonterías.

—¿Te dijo para qué había venido a Jefferson City?

—Claro que no, yo no pregunto esas cosas.

—Trata de recordar a mi amigo Tom Leander. Quizá lo viste hablando con otra persona.

—Sí, desde luego, habló con otra persona.

—¿Con quién?

—Con un tipo que al parecer conocía a tu amigo, al menos se saludaron muy efusivamente.

—¿Quién es él?

—Harris Sanderson. —¿Está Sanderson aquí?

—No, ya se fue. Y ahora que recuerdo, se largó cuando vino el ayudante del *sheriff* diciendo que dos tipos se habían matado en la funeraria de Slim.

—¿Dónde vive Sanderson?

—En las afueras, en una cabaña. Es un cosechero de miel y en su cabaña se entretiene en meter la miel en tarros que luego va vendiendo en un carromato por los pueblos de la comarca.

—Gracias —dijo Chuck y dejó una moneda de cincuenta centavos en el mostrador.

—Eh, chico, ¿es que no vas a subir conmigo? —dijo la pelirroja.

—Luego, Volcánica. Ahora tengo trabajo.
—Chuck se dirigió hacia la calle.
—Tú te lo pierdes —repuso Bárbara y se encogió de hombros.

CAPÍTULO VI

Harris Sanderson estaba llenando botes de miel.

Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, de cabello y bigote grises, ojos verdes.

Llevaba una vida tranquila, pero tres años antes había hecho algo muy distinto a vender miel.

La puerta se abrió de golpe.

Sanderson se volvió sobresaltado y la miel se derramó del cazo manchando el suelo.

En la cabaña entraron dos hombres. Uno era alto, muy delgado, y el otro más bajo, regordete.

—Eh, Bud, mira a quién tenemos aquí.

—Perdonen, se equivocaron, no soy Joe Kane.

—¿No? ¿Y quién eres entonces?

—Harris Sanderson.

El alto lanzó una carcajada.

—¿Te das cuenta, Bud? Hay gente que cree que se puede hacer pasar por otro y que para ello basta con pintarrajearse el cabello y dejarse crecer el bigote.

—Tienes razón, Norman, hay tipos que son muy estúpidos, y aquí tenemos a Joe Kane para demostrarlo.

El hombre que se hacía llamar Harris Sanderson se mojó los labios con la lengua.

—¿Qué quieren?

El alto, Norman, asintió.

—Bud y yo hemos venido aquí para hablar contigo de algo muy serio, Joe.

—¿De qué se trata?

—De dinero.

—Entonces traen la dirección equivocada. No tengo dinero, gano muy poco con la miel, sólo para ir viviendo, pero me conformo.

El alto rió de nuevo.

—¿Oyes, Bud…? El bueno de Joe Kane se contenta con centavos.

Bud, el bajo y regordete, cabeceó.

—No lo creería si no lo estuviese viendo con mis propios ojos. ¿Te das cuenta, Norman…? Es lo que nos ha dicho muchas veces el jefe, que un hombre puede caer bajo hasta convertirse en un gusano.

—Sí, Bud. Joe Kane cayó tan bajo que ya lo veo reptar por el barro.

—Muy bien —dijo Sanderson—. Soy Joe Kane, pero ya terminé con vosotros, con lo que representáis. ¿Lo oís bien…? Me encerré en este pueblo pensando que me dejaríais en paz.

—Eh, Joe, no te pongas histérico —dijo el alto Norman—. Bud y yo sólo consentimos el histerismo en las mujeres, y en ciertos casos.

—Quiero que me dejéis en paz.

—Claro, hombre, claro, te vamos a dejar en paz, pero antes nos vas a hacer un favor.

—Ya os he dicho que estoy apartado de todos los negocios.

—Menos del de la miel.

—Eso es.

—Nuestra información es otra, Joe. Quizá estabas retirado, pero, de pronto, se te planteó un buen negocio y tú, que siempre has sido un tipo listo, te dijiste que era una gran oportunidad para salir de esta porquería —así diciendo, Norman abarcó con la mano la cabaña.

Bud se tapó la nariz con la mano.

—Termina cuanto antes, Norman, y podremos respirar aire puro.

El alto enseñó unos dientes cortantes como una sierra en algo que quería ser una sonrisa.

—¿Has oído, Joe…? A Bud no le gusta respirar esta atmósfera, de modo que, vas a ser un chico complaciente y de esa forma tú seguirás aquí, llenando tus condenados tarros con tu condenada miel, y nosotros nos iremos a la condenada calle para respirar el condenado aire.

—No os puedo servir de ayuda.

—Creo que te equivocas. Nos vas a ayudar mucho.

—¿En qué cosa…?

—Ya que tú vives en Jefferson City, quizá viste a Tom Leander.

—No, no lo vi.

—Ya has cometido tu primer error.

—No te comprendo.

—Has debido decir que no viste a Tom Leander en años, o quizá debiste asombrarte de que yo te hiciese esa pregunta. Pero has contestado con demasiada precipitación y lo has hecho con demasiada naturalidad, como si se tratase de un tipo que viste ayer.

—Déjate de líos, Norman, te he dicho que no he visto a Leander porque es verdad.

—Es una sucia mentira. Lo viste aquí, en este pueblo y hablaste con él. Eres demasiado ingenuo.

Por lo visto ese negocio a que te dedicas, el de la miel, te ha vuelto demasiado estúpido.

El regordete Bud intervino:

—Sí, y eso es cosa que me decía mi abuela, Norman.

—¿Qué es lo que te decía?

—Que la miel vuelve tontos a los hombres. Comparaba la miel a las mujeres. Me decía una y otra vez me debía librarme de las dos cosas. De las mujeres y de la miel.

—Tu abuela era muy lista, Bud —rió Norman. Joe Kane, alias Harris Sanderson, se movió hacia el aparador que había en el fondo.

—Eh, Joe, quédate ahí quieto —le advirtió Norman.

—Sólo voy por dinero.

—¿Para qué?

—Para entregároslo.

—¿Cuánto tienes?

—Doce dólares. Os los daré y me dejáis en paz.

—¿Crees que lo puedes arreglar así?

—Os juro que no tengo un centavo más.

—No me refería a tus cochinos doce dólares, cochino Joe. Estábamos hablando del cochino Tom Leander, es eso lo que nos interesa. Leander habló contigo, confiésalo.

—Sí, habló conmigo.

—Estupendo… ¿Y qué te dijo?

—Nada, no me dijo nada.

—Así que, habló contigo y no dijo nada. ¿No te parece que es un

contrasentido?

—Quiero decir que hablamos de cosas sin importancia.

—¿Qué cosas?

—Me identificó, como vosotros, y recordamos los viejos tiempos.

—¿Qué más?

—Eso fue todo.

—Además de estúpido, eres imbécil. ¿No se te ocurrió preguntarle a Tom por qué estaba aquí?

—No me interesaba.

—Oh, sí, claro, a ti sólo te interesa tu negocio de miel.

—Así es.

Norman echó a andar hacia Joe y dejó ir la mano derecha contra la cara del vendedor de miel, el cual se fue hacia atrás, y golpeó contra el aparador.

La sangre corrió por la comisura de la boca de Joe porque Norman le había partido el labio inferior.

—¿Te gusta eso, Joe?

—No, no me gustó nada.

—No te queda nada de coraje, Joe. En otros tiempos, si alguien te hubiese pegado, habrías sacado el revólver.

—No uso revólver.

—Ah, sí, es verdad, no me había dado cuenta.

Bud se rascó detrás de una oreja.

—A Joe se le ha ido todo el coraje, Norman. ¿Recuerdas cómo era hace cinco años…? No hubiese consentido que nadie le pegase. Lo que te dije, se ha convertido en un gusano.

—Deja ya de repetir eso —repuso Norman con acritud.

—Bueno.

El alto dio otro paso hacia Joe Kane.

—¿Qué fue lo que Tom Leander te dijo…? Ahora te voy a ayudar un poco, Joe. Leander te habló de unas joyas. ¿Me has oído bien…? De unas joyas.

—Sí.

—Vaya, ya empiezas a refrescar la memoria, eso es bueno. ¿Qué te dijo de las joyas?

—Que iba detrás de ellas.

—¿Cuánto valían?

—Doscientos mil dólares.

—¿Lo ves, Joe? —sonrió Norman—. Tom Leander era un tipo que tenía confianza en ti, y Bud y yo nos alegramos mucho de ello porque ahora sabremos dónde están esas joyas.

—Lo siento. Os he dicho todo lo que sé. Tom Leander me dijo que iba detrás de unas joyas que valían doscientos mil dólares, pero no me dijo el lugar donde pensaba atraparlas.

En la cabaña se hizo un silencio.

Norman sacó el revólver.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Joe. El alto le apuntó al estómago.

—Te voy a meter una bala en las tripas. ¿Qué te parece, Joe…?

—No puedes hacer eso conmigo. —¿Por qué no?

—Juro que os he dicho la verdad. Quizá Tom Leander pensó decirme de dónde iba a sacar las joyas, pero lo cierto es que se marchó del saloon Oriental sin agregar nada más.

—¿Adonde fue?

—No lo sé.

—Te volveré a ayudar, Joe. En esta ciudad está la esposa del senador Sawson. Ella ha venido acompañando los restos de su marido. Van camino de Los Abedules.

—Ya lo sé.

—Te lo dijo Tom Leander.

—No, él no me dijo nada. Pero lo sé porque aquí se celebró hoy una fiesta por la llegada de los restos del senador Sawson. Tuve que enterarme forzosamente.

—Estás acabando con mi paciencia, Joe. Las cosas son sencillas para nosotros. La senadora debe saber dónde están las joyas. Quizá las lleva ella, pero no sabemos dónde.

—Preguntadle a ella, entonces.

—Sí, creo que será lo mejor, ¿verdad, Bud…?

—Demonios, me han dicho que esa rubia está imponente. Creo que me gustará verla y hablar con ella.

—Trato hecho —asintió Norman.

Luego, apretó el gatillo.

Se produjo el estampido y la bala se enterró en el vientre de Joe Kane, que volvió a golpear contra el aparador.

Quedó allí, con los ojos agrandados, vacilante, pero sin caer.

—Norman…, yo me retiré… Quería ser honrado… Te dije todo

lo que sabía…

—Sí, muchacho, es posible que lo dijeses, pero quizá me engañaste. Eso es algo que nunca podremos saber y el jefe no quiere rivales… ¿Te das cuenta? Tú podrías saber dónde están las joyas y, entonces, nos las quitarías. ¿Lo oyes, Joe? No te mato por capricho… Es la vida, muchacho.

—Puercos… —dijo Joe y se desplomó.

Norman sopló el cañón del arma antes de enfundarla.

—Vamos, Bud.

Bud tomó un tarro de miel de la mesa. Metió el dedo y lo chupó. La encontró de su gusto.

—Eh, ¿sabes que Joe preparaba muy bien su mercancía?

—Deja de chupar eso, y vamos a ver a la senadora.

—Apuesto a que se va demostrar una vez más que mi abuela tenía razón. Miel y mujer.

Los dos hombres salieron de la cabaña.

Transcurrieron quince minutos antes de que la puerta volviera a abrirse.

Chuck Marlowe entró en la estancia.

Dio unos pasos y quedó inmóvil al ver el cuerpo que había en el suelo.

Se agachó rápidamente al cerciorarse de que aquel hombre todavía vivía.

Ahora el herido abrió los ojos.

—¿Qué le pasó, Harris…?

—Dos hombres… Uno disparó…

—¿Por qué?

—Tom Leander… Hablé con él…

—Oiga, Harris. Yo soy amigo de Tom Leander. Me citó aquí. ¿Qué fue lo que le dijo Tom Leander?

—Las joyas…, doscientos mil dólares… debajo de la cabecera… Sawson.

Luego, el cosechero de miel y antiguo delincuente no pudo agregar nada porque expiró.

CAPÍTULO VII

Melinda Sawson había terminado de bañarse. Se cubría con un batín.

Ahora necesitaba perfumarse.

—Natalie —llamó.

No obtuvo respuesta de su doncella.

—Natalie —repitió—. ¿No estás ahí? Tampoco hubo contestación.

Sintióse furiosa. La desvergonzada de Natalie habría salido otra vez de la *suite* para reunirse con aquel empleado, el caradura llamado Leo. Natalie le estaba resultando de la piel del diablo.

En aquel momento oyó que la puerta se abría y dio un suspiro de alivio.

—Natalie, tráeme el frasco del perfume. Está en la maleta.

La puerta estaba entornada.

Transcurrieron unos segundos y por fin oyó unos pasos.

Se volvió para tomar el frasco de perfume, pero dio un grito porque era un hombre quien se lo alargaba.

—Eh, usted, ¿qué hace aquí?

El hombre era alto y delgado.

—Soy Norman, rubia.

—¿Norman…? No sé quién es.

—Claro, tú no me conoces, pero eso era antes de que yo entrase. Ahora ya somos amigos.

—¿Pero qué infiernos pasa en este hotel que todo el mundo entra por la puerta sin llamar?

—Gajes de ser tan atractiva como tú, ricura.

—¡Ahora mismo va a salir de aquí!

Melinda Sawson vio aparecer por un lado de Norman a otro

hombre. Era regordete y bajo.

—Demonios, Norman —dijo Bud, que era el regordete—, es mucho más hermosa de lo que me habían dicho.

—Lo es, sí, señor. Tenemos delante al bombón de Texas.

—Y toda una senadora.

Melinda Sawson estaba sorprendida por la aparición de aquellos dos desconocidos y empezaba a asustarse al oírlos. Apostó consigo misma a que eran dos pistoleros.

—¿Qué quieren?

—Vamos a jugar al bonito juego de las adivinanzas —contestó Norman—. ¿Para qué supones que hemos venido aquí?

—Entiendo, son ladrones, quieren dinero.

—Casi acertaste, preciosa, pero no es dinero en efectivo lo que Bud y yo queremos. Se trata de algo mucho más sustancioso.

—No entiendo.

—Algo que se puede convertir más tarde en dinero. Ya ves si te doy facilidades para que lo adivines.

Bud chascó la lengua.

—Esta chica va a pagar prenda, Norman.

Norman acentuó su sonrisa enseñando sus cortantes dientes.

—Vamos, bombón, debes hacer un esfuerzo. Te he dado una condenada pista para que saques la condenada adivinanza…

—Usted es un condenado tipo, y también lo es su compañero y por eso quiero que se vayan a la condenada calle —exclamó Melinda.

Bud soltó una risotada.

—Norman, la chica es contestona.

Norman pegó con el revés de la mano en la boca de su compañero.

—Bud, no debes reír de los chistes que se hacen a mi costa.

—Perdona, Norman, pero me hizo gracia.

—No debió hacerte gracia.

Norman volvió a clavar sus ojos en el bello rostro de Melinda. Había borrado la sonrisa de sus labios.

—Senadora, ya que lo pones así, te diré lo que vinimos a buscar: las joyas que están viajando desde Washington.

—No le entiendo.

—Malo.

—Óiganme los dos. Han violado la ley.

—Vaya, de modo que somos un par de violadores.

—No se puede entrar en la habitación de una dama sin su permiso.

—Sí, eso dicen, pero ya lo ves. Bud y yo estamos aquí.

Melinda hizo un movimiento con la mano y sacó una pistola de un cojín.

Se había dado mucha prisa y logró sorprender a los dos compinches.

Ahora sonrió triunfante.

—¿Decían algo, caballeros?

—Caramba, eres más rápida que Mary la Yegua, senadora —repuso Norman.

—A usted le voy a meter una bala en los dientes por bocazas.

—No creo que te conviertas en una asesina.

—Matarlo a usted será un acto de caridad con el mundo.

Bud dio media vuelta para salir mientras decía:

—Eh, Norman, será mejor que dejemos este asunto para otro día.

—No se mueva, gordito, o se lleva un plomo en las posaderas —le advirtió la hermosa viuda.

Bud tuvo que desandar los dos pasos que había dado hacia la puerta, pero ya había logrado su objetivo. Entretener a la joven.

Norman saltó sobre Melinda, y los dos cayeron al suelo.

Luego, Bud prestó su colaboración poniendo el pie sobre la mano armada de Melinda.

El propio gordito le quitó la pistola, que en sus manos, de dedos como morcillas, pareció un juguete.

Norman había quedado encima de la joven apretándola contra el suelo y le apoyó los dedos índice y corazón sobre los ojos.

Melinda se vio obligada a gritar.

—¡Por favor, no apriete!

—Eso va a depender de ti.

—Me puede dejar ciega…

—Sí, nena. Es lo que pasará contigo si no eres una chica obediente.

—Seré una chica obediente.

—¿Dónde están las joyas…?

—No lo sé.

Norman apretó los dedos sobre los ojos de Melinda y ella dio otro grito.

—Estás perdiendo una gran oportunidad para conservar esos hermosos ojos, senadora. Un poco más de presión y te reviendo los globos.

—Están en el ataúd.

—¿Dónde…?

—En el ataúd de mi marido.

—¿Qué cuento te has sacado de la manga?

—Juro que es cierto.

—¿En qué parte del ataúd?

—Debajo del cadáver. El piso tiene un doble fondo a la altura de la cabecera. Bud se echó a reír.

—Demonios, es un buen truco.

—Sí, admito que es un condenado sitio para encontrar un condenado botín…

—Déjeme ya —replicó Melinda.

—Yo me ocuparé de ella —dijo Bud.

—¿Tú por qué?

—También me gusta a mí.

Norman apartó los dedos de la cara de Melinda. La joven tardó algún tiempo en ver a Norman por que todavía le dolían los ojos.

—¿Qué va a hacer? Norman le sonrió.

—¿No has oído…? Eres una chica preciosa. Y ahora debes ser muy comprensiva.

—Lárguese ya. Les dije lo que querían.

—Mereces un premio y te lo vamos a dar, ¿verdad?

—Seguro.

Melinda se asustó más que nunca. Aquellos tipos eran como animales dañinos.

Sabía lo que iban a hacer ahora con ella y se estremeció de pies a cabeza llena de miedo.

De repente, la puerta se abrió de golpe.

Melinda vio que Bud recibía un puñetazo en la cara y volaba por los aires.

Luego el recién llegado, que era otro desconocido, le soltó un mazazo a Norman.

CAPÍTULO VIII

Bud se rehízo y saltó sobre su enemigo pegándole un cabezazo en el plexo solar.

Chuck Marlowe, que era el intruso, se estrelló contra la pared y quedó conmocionado.

Bud echó a correr y salió de la habitación. Norman lo siguió.

La puerta se cerró tras los pistoleros.

—Infiernos, ese tipo tiene la cabeza como el hierro —dijo Chuck.

—¿Quién es usted? —preguntó Melinda.

—Mi nombre es Chuck Marlowe y quería hablar con usted acerca de unas joyas.

—¿Usted también?

—¿Dónde están?

—Cuando usted llegue, ya habrán desaparecido.

—¿Se refiere a que esos dos fulanos fueron por las joyas?

—Sí.

—Dígame pronto dónde están.

—¿Qué voy a ganar con eso?

—Recibirá una recompensa.

—También ellos me la quisieron dar.

—Sí, me lo imagino; pero yo no soy del mismo barro que esos tipos. Hable de una vez antes de que sea demasiado tarde.

—Las joyas están en el ataúd donde viaja mi marido justo debajo de la cabecera, en un doble fondo.

—Gracias, señora Sawson.

—Eh, espere, yo voy con usted.

—No puedo esperar a que se vista —dijo Chuck y salió de la habitación.

—¡Espere! —Oyó que gritaba Melinda—. ¡No consentiré que usted me robe!

Chuck abandonó el hotel y echó a andar rápidamente hacia la empresa de pompas fúnebres.

* * *

Norman y Bud entraron en la funeraria.

Se detuvieron de golpe al ver que el empresario Slim Anders estaba en el suelo, inmóvil.

Arrojaba sangre por una herida que tenía en la cabeza.

Los dos a una se precipitaron en la sala donde se exponía a los muertos.

—Maldita sea —gritó Bud—. No está el ataúd del senador. Se lo llevaron.

—¿Quién habrá sido el bastardo?

De pronto se oyó una voz.

—Yo, muchachos.

De un rincón, en la oscuridad, empezaron a brotar fogonazos.

Norman y Bud bailotearon alcanzados por los plomos.

Norman trató de «sacar», pero un proyectil le aplastó la nariz y otro se le llevó medio cuello.

Bud tenía dos balas en el pecho y se murió antes de tocar el suelo.

La sombra del rincón desapareció por una ventana.

Chuck Marlowe, en la calle, oyó el estruendo y echó a correr.

Irrumpió en la empresa de pompas fúnebres y, después de echar un vistazo al hombre que estaba tendido en tierra, entró en la sala.

Tropezó con un cuerpo y estuvo a punto de caer.

Cuando logró recuperar el equilibrio, miró a su alrededor, con el revólver en la mano.

A un lado, a la derecha, habían apilados varios ataúdes.

En el centro de la estancia, el lugar que estaba flanqueado por cuatro velones encendidos, aparecía vacío.

En la calle se oían gritos y carreras.

El *sheriff* Clyde entró en la sala seguido de su ayudante.

—¡Tire ese revólver, Marlowe! —ordenó Clyde—. Lo atrapé con las manos en la masa.

—¿Qué está diciendo, *sheriff*…? No tengo nada que ver con esto.

—El cuento de siempre. ¿Qué te parece, Stephen…? Lo hemos pillado con el revólver en la mano y dos cadáveres en el suelo y todavía dice que no tiene nada que ver con esto.

—Es cierto lo que le digo. Escapó por la ventana. Mire cómo tiemblan los visillos.

—¿Quién escapó por la ventana? —preguntó el *sheriff*.

—Jefe, yo también lo sé —repuso el ayudante—. Está hablando del muerto.

—¿Qué imbecilidad estás diciendo, Stephen…?

—¿No tiene ojos en la cara, jefe…? El muerto ya no está.

El *sheriff* pareció darse cuenta entonces de aquel detalle y vociferó:

—No. Jamás creeré que el muerto se largó con el ataúd puesto…

—Qué cosas, ¿eh, jefe…? Pero ya le advertí el otro día que la ciencia adelanta más cada día.

—Cierra la boca y deja de decir tonterías, Stephen.

—A la orden, jefe.

—Marlowe —dijo el *sheriff*—. ¿Qué diablos vino a hacer aquí?

—Estos dos hombres atacaron a la señora Sawson.

—¿Cómo?

—Ya lo oyó.

—No le creo una palabra. La señora Sawson está en el hotel.

—Fue en el hotel donde estos dos tipos la visitaron.

—¿Para qué?

—Pregúnteselo a ella.

—Maldita sea, ¿se da cuenta de lo que está pasando?

—Claro que me doy cuenta.

—Me han robado un muerto y nada menos que el del senador. Yo soy el *sheriff* de Jefferson City y es a mí a quien me harán responsable de esta desaparición. ¿Qué sabe de esto, Marlowe?

—Yo paso.

—Usted tiene que saber algo. Vino en busca de Tom Leander y a Leander lo despacharon en esta sala.

—Coincidencias.

—¡Y un cuerno! ¿Sabe una cosa, Marlowe? Jamás he creído en las coincidencias. Todo en este mundo tiene una explicación.

—Muy bien, *sheriff*, si ya tiene explicación para esto, me voy a marchar.

—No, usted no va a salir de aquí.

Marlowe dio un suspiro.

—¿Qué es lo que pretende, *sheriff*?

—Que diga la verdad.

En aquel momento entró en la funeraria la hermosa Melinda Sawson.

—*Sheriff*, este hombre es inocente.

—¿Inocente de qué?

—De todo lo que se le impute.

La joven se dio cuenta de que no estaba el ataúd de su marido y lanzó un grito.

El ayudante pegó un salto y rodeó por la cintura a la senadora, arrimándose mucho.

—Ya puede desmayarse, senadora. Está en buenas manos.

—¿Y mi marido? —inquirió Melinda.

—Lo siento, señora Sawson, pero al parecer lo robaron —contestó el *sheriff*.

—¿Lo robaron?

—Así es.

—Pero ¿cómo puede decir eso, *sheriff*? Habla usted de mi esposo como si fuese una mercancía que se puede robar, un saco de harina o de patatas…

—No me atreveré yo a comparar al senador con un saco de harina, señora Sawson.

La señora Sawson pegó en las manos del ayudante.

—Quíteme las zarpas de encima.

El dueño de la funeraria, Slim, apareció tambaleándose y gimiendo:

—Me han roto la cabeza… Necesito un doctor.

—Tranquilízate, Slim —dijo el *sheriff*—. Todavía no se te ven los sesos… ¿Qué fue lo que pasó?

—Ya se lo contaré dentro de una semana, cuando me recupere.

—Dilo ahora, Slim. ¿Es que no ves aquí dos hombres muertos?

—Es muy corto de contar, *sheriff*. Yo estaba ahí fuera, en el mostrador, como siempre, cuando me pareció oír un ruido en la sala, en la ventana, ya sabe, como si alguien hubiese abierto… Entonces vine aquí, pero apenas entré, ¡zas!, me cascaron en la cabeza. Todo lo vi negro… Fue como si me hundiese en un pozo…

Sheriff, ¿por qué me está interrogando ahora…? ¡Le repito que necesito un doctor…!

—¿Qué estás esperando, Stephen…? Llama al médico.

La señora Sawson se puso delante de Clyde y levantó la barbilla.

—*Sheriff*, le doy un plazo de veinticuatro horas para que me devuelva a mi marido.

—Señora Sawson, habla usted como si su marido se hubiese ido con una pelirroja.

—Su chiste fue malo, señor Clyde.

—Perdone, senadora, pero no lo dije como chiste.

—Pues me lo pareció —repuso Melinda y salió de la funeraria.

Chuck Marlowe hizo un saludo con la pistola.

—Hasta luego, jefe.

—Eh, usted, ¿adónde va?

—¿Acaso me necesita?

—Sí, será mejor que se marche, no vaya a ser que empiecen otra vez los tiros. Usted es uno de esos tipos que adonde va, la arma.

Chuck alcanzó a Melinda antes de que llegase al hotel y la tomó del brazo.

—¿Tiene alguna explicación para lo ocurrido, señora Sawson?

Ella exhaló el aire de sus pulmones y repuso:

—No, no tengo ninguna explicación.

—Será mejor que lo piense, señora Sawson. Debe tener en cuenta que el hombre qué raptó el cadáver de su marido se va a convertir en el dueño de unas joyas por valor de doscientos mil dólares.

—¿Cree que soy tonta? Ya lo sé.

—Ande, dígame, ¿quién más, aparte de usted, sabía que en ese ataúd viajaban las joyas?

—Por las cosas que están pasando, tengo la impresión de que lo sabe todo Texas y quizá algunos ciudadanos de París.

—Muy graciosa, señora Sawson.

—Celebro parecerle tan simpática.

—Ande, sea buena chica, y dígame quién cree que se ha llevado las joyas.

—Lo ignoro. Pero hay algo que no comprendo.

—¿Qué cosa?

—¿Por qué esperaron que llegásemos a Jefferson City para

empezar a tiros por la posesión del ataúd?

—Es la mar de sencillo, señora Sawson. Ahora ya está usted en Texas. Con anterioridad, se estuvieron quietos por la sencilla razón de que estaba usted cruzando otros Estados. ¿Por qué quitarle el botín cuando usted misma con su truco estaba facilitando las cosas al acercar las joyas a la frontera mexicana?

—Pero todavía estamos a centenares de millas de la frontera.

—Sí, pero el que ha robado las joyas, pensará que ya puede correr con ellas hasta el país vecino.

—Es usted muy listo.

—Muy amable, señora Sawson.

—Pero todavía no me ha dicho lo más importante, señor Marlowe.

—¿Qué cosa?

—¿Por qué está metido usted en este lío?

—Un amigo, Tom Leander, me mandó una carta diciéndome que tenía en perspectiva el mejor negocio de su vida, y que estaba dispuesto a darme un cincuenta por ciento.

—De modo que también es un ladrón.

—No se precipite, señora Sawson. Mi amigo no me explicaba la clase de negocio que llevaba entre manos. Sólo al llegar aquí y saber que estaba muerto, me puse a investigar. Casualmente, recogí de boca de un moribundo algunas frases, y saqué las consecuencias.

La joven dio un suspiro, mirando con más atención el rostro de Marlowe.

—¿Y por qué no se retira, señor Marlowe?

—El asunto ha ganado mi interés.

—¿Por el dinero?

—Sí, por el dinero. Pero hay otras razones. Mi amigo muerto, todos esos cadáveres y, por último, usted.

—¿Yo?

—Sí. Es una mujer enigmática.

—Caramba, es el primer hombre que me lo dice. Hasta ahora había sido considerada como un libro abierto.

—Yo pienso que ninguna mujer lo es.

—¿Ninguna?

—Todas tienen sus secretillos.

—Pero el mío usted ya lo conoce.

—Quizá.

—Parece no estar muy seguro.

—No, no lo estoy, pero con el tiempo seguramente me convenza de que usted efectivamente, es un libro abierto y de que yo estoy equivocado.

Melinda entornó los ojos.

—Así que va a seguir investigando por su cuenta.

—Seguro.

—Está bien. Trabajará para mí.

—No he dicho que esté disponible.

—Quiero recuperar esas joyas.

—Yo también.

—Entiendo, no quiere partir con nadie.

—Nunca hago sociedad, a menos que sea indispensable.

—Es usted muy sincero, Chuck. Y eso puede ser peligroso.

—Estoy dispuesto a correr todos los peligros.

—Si no quiere ser mi socio, al menos me hará un favor especial cuando encuentre el ataúd.

—Dígame.

—Devuélvame mi muerto.

—Cuente con él, señora Sawson —contestó Chuck, sonriente.

Entonces, la señora Sawson hizo un saludo con la cabeza y continuó su camino hacia el hotel.

Chuck la vio marchar y se metió en un callejón.

Poco después estaba junto a la ventana por la que habían sacado el ataúd, en la empresa de pompas fúnebres de Slim.

Ahora la ventana estaba cerrada. Vio huellas en el suelo, porque por allí habían arrastrado la caja.

Siguió las huellas, que lo condujeron a un establo.

Entró muy despacio, procurando no hacer ruido.

Al fondo oyó un golpe.

Sacó el revólver y avanzó pegado a la pared.

De repente, se detuvo al ver la escena.

Una joven estaba agachada sobre un ataúd y Chuck apostó doble contra sencillo a que aquella caja era la del difunto senador Sawson.

CAPÍTULO IX

Chuck metió el revólver en la funda y dijo:

—La acompaño en el sentimiento. La joven dio un grito sobresaltada. Alzó los ojos y Chuck pudo ver un bonito rostro, de nariz respingona y labios gordezuelos, muy rojos. Ella no debía tener más de veintitrés años.

—Oh, me ha asustado.

—Lo siento.

—Pero ya me pasó —sonrió ella.

Fue una sonrisa maravillosa porque mostró unos dientes parejos, muy blancos.

—¿Su padre? —dijo Chuck señalando el ataúd.

—No, mi abuelo. Pobre, era una buenísima persona.

—¿De qué murió?

—De una afección al estómago…

—¿Lo va a enterrar en Jefferson City?

—No, en Jefferson City, no. Lo llevo a Balaclava. Está cien millas al norte.

—¿Viaja usted sola con él?

—Sí, desde luego —la joven dio un suspiro—. Es el último camino del abuelo.

—¿Cómo se llamaba él?

—Tobías.

—¿Va a pasar la noche en Jefferson City?

—Sí, llegué hace un momento.

—¿Por qué ha sacado el ataúd del carro?

—Al llegar se me estropeó una rueda. Estuve a punto de volcar.

—¿Y dónde está el carro?

—Oiga, está haciendo muchas preguntas.

—Sí, son necesarias.

—¿Quién es usted? No le veo ningún distintivo de autoridad.

—No, no soy ninguna autoridad.

—Entonces, me temo que no contestaré a una sola pregunta más.

—¿Cuál es su nombre, señorita? Ella levantó la barbilla.

—He dicho que no contestaré a ninguna pregunta más.

—Preferiría que colaborase conmigo.

—¿Por qué he de colaborar con usted?

Marlowe hizo un gesto armándose de paciencia.

—Oiga, señorita, están pasando cosas muy graves en esta ciudad.

—No tengo nada que ver con ellas.

—Es lo que usted dice.

—Ya le he dicho que no soy de Jefferson City.

Marlowe señaló la caja.

—Quiero que abra eso.

—¿Eh?

—Ya lo ha oído, abra ese ataúd.

—Usted debe estar loco.

—No, no lo estoy.

—¿Por qué quiere que abra el ataúd…? Ya le he dicho que mi abuelo está en él.

—Es de lo que me quiero cerciorar.

Los ojos de la joven chispearon.

—No le voy a consentir eso, señor como se llame.

—Chuck Marlowe.

—Soy Petula Jones… y el hombre que está en el ataúd es mi abuelo Tobías Jones.

—Lo voy a comprobar.

—¡Tendrá que pasar por encima de mi cadáver!

—Señorita Jones, quiero decirle algo muy importante. Han robado un cadáver.

—¿Qué?

—Lo robaron en la funeraria.

La joven sacó la punta de la lengua, con la que se mojó los labios.

—Ya entiendo, usted cree que yo robé ese muerto.

—Sí, es lo que creo. Y abona mi idea el hecho de que usted no sepa nada de ese robo.

—Ahora comprendo el significado de los disparos que oí. Se refiere a eso, ¿no?

—Sí, durante el robo, o después del robo, murieron dos hombres. Pero antes ya habían muerto otros dos.

El ataúd que sacaron de la funeraria lo arrastraron por el suelo y, casualmente las huellas terminan en la puerta de este establo.

—Ande, termine de decirlo todo. Usted supone que, como soy mujer y no tengo mucha fuerza, debí arrastrar el ataúd hasta aquí.

—Sí, es lo que creo.

—Se está colando.

—Señorita Jones, sabremos cuál de los dos equivoca cuando usted abra el ataúd.

—No haré tal cosa.

—Está bien, entonces lo haré yo.

—Tengo la llave de la caja en mi bolso y no se la pienso dar.

—Como no quiero pelear con usted, utilizaré otro medio.

—¿Cuál?

—Pegaré un tiro a la cerradura.

Chuck fue a sacar el revólver, pero la joven se le echó encima como una pantera.

Marlowe no pudo parar la acometida y los dos cayeron al suelo, sobre la paja.

Dieron vueltas, la joven intentando pegar zarpazos en la cara de Chuck, dando gritos.

Marlowe logró inmovilizarla, sujetándola fuertemente por los brazos.

—Suélteme, miserable.

—La soltaré cuando me diga la verdad.

—¿A qué verdad se refiere?

—Confiese que ese ataúd es el del senador Sawson.

—No puedo confesar tal cosa porque no es verdad.

—No puede porque no quiere. Pero de todas formas podemos arreglar inmediatamente este asunto.

Abra de una vez la caja.

—Está bien, la voy abrir.

—¿Qué nuevo truco se piensa sacar de la manga?

—Ninguno. Pero, después que haya hecho su comprobación, me las va a pagar.

Chuck admiró más que nunca el bello rostro de la joven. Estaba sintiendo el calor que emanaba de su atractivo cuerpo.

Por unos instantes deseó besar aquellos tentadores labios, pero se dijo que sería un error por su parte.

Se levantó y la ayudó a ella tomándola del brazo.

—He dicho que me suelte —dijo Petula, con energía.

Caminó hacia una bala de paja donde descansaba un bolso, pero Chuck se adelantó rápidamente y fue él quien lo atrapó.

—Eh, ¿qué hace? —exclamó la atractiva muchacha.

—No quiero que me asesine.

Abrió su bolso y vio un revólver. Chuck sonrió a la joven.

—No se iba a sacar un truco de la manga, ¿eh?

—No pensaba utilizar el revólver.

—No creeré eso ni aunque me lo jure por los huesos de su supuesto abuelo.

La joven dio una patadita en el suelo.

—¡Ahí dentro está Tobías Jones!

—Lo voy a saber en seguida —repuso Chuck sacando la llave del bolso.

—Muy bien, abra la caja de una vez.

—No intente nada.

—Sólo quiero verlo en ridículo, de modo que no se preocupe.

Chuck se puso en cuclillas ante la caja, metió la llave en la cerradura y la hizo girar. Luego, tiró de la tapa y abrió.

Los ojos asombrados de Chuck vieron el interior del ataúd. Allí había una arqueta, una escopeta y un par de botas.

Pero no había ningún cadáver.

CAPÍTULO X

—Eh, ¿qué es esto, señorita Jones?

—En el arca están las cenizas de mi abuelo. Fue así como él quiso que se hicieran las cosas. Murió hace un año. Y ésa es su escopeta y ésas son sus botas… ¿Alguna explicación más, señor Marlowe?

Chuck sacudió la cabeza y chascó la lengua.

—No sabe cuánto lo siento.

—Le advertí que iba a hacer el ridículo.

—Sí, creo que lo hice.

Marlowe cerró el ataúd, dio la vuelta a la llave y se puso en pie.

—Imagino que no van a servir de nada mis excusas, pero tenga en cuenta lo que le expliqué con respecto al robo del otro ataúd que estaba en la funeraria…

En aquel momento se oyeron pasos. Era un viejo de unos sesenta años.

—Señorita Jones —dijo—. Encontré lo que necesitaba su rueda.

—Gracias, señor Custer.

—La tendrá arreglada mañana a las nueve.

—Quisiera marcharme antes, apenas amanezca.

—Está bien, trataré de complacerla. ¿Ya se alojó en el hotel Republique?

—No, voy allí, ahora.

Petula tomó su bolso y dirigió una mirada a Chuck.

—Espero no volverlo a ver, señor Marlowe.

—Quién sabe…

Ella hizo un gesto de altivez y salió rápidamente del establo.

El viejo llamado Custer se rascó la coronilla.

—Una bonita chica, ¿verdad? —Sí, muy mona.

—Pero apostaría a que tiene mal genio.

—Sí, señor Custer, lo tiene. De eso puedo dar fe.

Marlowe hizo un saludo y también él salió del establo, encaminándose hacia la calle Mayor.

Poco después entraba en la oficina del *sheriff*.

Cárter Clyde se estaba afeitando frente al espejo.

—Hola, *sheriff*. ¿Ya recuperó el ataúd?

—Ni hablar. Hemos hecho una investigación en toda regla, pero no dio resultado. De todas formas, mi ayudante está dedicado a eso. Atraparemos el ataúd. Los ladrones cometerán un error, se lo llevarán de la ciudad y muy pronto recibiremos aviso de que alguien lo ha visto.

—Creo que se equivoca.

El *sheriff* bajó la mano armada con la navaja.

—Ande, dígame dónde está el error. Usted parece saberlo todo.

—No creo que se lleven el ataúd de Jefferson City.

—¿Por qué no?

—Es una suposición mía.

—Entonces, ¿para qué lo iban a robar?

—Quizá los ladrones se contenten con guardar un recuerdo del senador Sawson.

—¡Oh, sí! Se refiere a que le quitarán un botón o un trozo de la manga. ¿O se le ha ocurrido algo más macabro?

—No, *sheriff*, yo no soy nada macabro.

El viejo borracho, Andy Heston, se agarró a los barrotes de la celda.

—¡Eh, *sheriff*!, quiero que me saque de aquí. Yo ayudaré a encontrar el ataúd.

—Todavía no pasaron las veinticuatro horas para que le deje libre, Andy.

—Pero yo sé dónde está el ataúd del senador Sawson.

—No me hagas reír.

—Le digo que lo sé.

—Pasaste todo el día en la celda. Ni siquiera estuviste presente a la llegada del ilustre muerto. Así que no sabes nada de nada, Andy. Tu único deseo es salir de esa ratonera para largarte al saloon Oriental y empezar a beber de nuevo.

—*Sheriff*, no me puede tratar así, como si yo fuese un guiñapo…

Soy un ciudadano con derechos.

—A callar, Andy.

Chuck dio media vuelta y sonriendo, porque le había hecho gracia Andy Heston, se dirigió hacia la puerta.

—¡Eh, Marlowe! —dijo el *sheriff*—. ¿Por qué, para variar, no se va a dormir?

—Eso es lo que haré.

—No sabe cuánto me alegra oírselo decir.

—Pero antes me pasaré por el saloon Oriental. Quiero beber un trago.

Andy, desde la reja, dijo:

—Bébase otro por mí, amigo.

Chuck salió a la calle y poco después entraba en el saloon Oriental.

La pelirroja Bárbara la Volcánica, estaba sentada ante una mesa con un tipo.

Marlowe hizo un saludo con la mano, al que ella correspondió con una sonrisa.

Pidió un *whisky* que lo bebió de un solo trago.

Se disponía a pagar, cuando Bárbara llegó a su lado.

—Creí que no volverías, Chuck.

—Yo siempre vuelvo.

Ella abanicó las pestañas y sonrió, mientras decía:

—Eso dice mucho en mi favor, ¿verdad?

—Anda, vamos al reservado.

El hombre que Chuck había visto con Bárbara tomó a ésta por el brazo.

—Nena, no me gusta que me planten —dijo.

—¡Eh. Douglas, suéltame! ¡Me haces daño!

—Vuelve conmigo a la mesa.

—Estaba ya comprometida con este muchacho.

—Cuéntame una de miedo.

—Te digo que es verdad.

—Sí, ¿eh? —dijo el llamado Douglas y le soltó una bofetada.

Bárbara se tambaleó y fue a chocar de espaldas contra una columna.

Chuck chascó la lengua.

—Eso estuvo muy feo, Douglas.

Douglas le miró con ojos que parecían los de un reptil.

—¿Tiene algo que oponer, amigo?

—Sí. Pegar a una mujer es algo que siempre me ha dado náuseas.

—Pues si tiene náuseas, salga a la calle y vacíe el estómago… Pero se me está ocurriendo otra cosa: quizá le vacíe el estómago yo.

—¿De qué forma?

—Con un plomo.

—¿Cree que este incidente es para que usted y yo nos baleemos?

Douglas se echó a reír.

—Oiga, esto tuvo gracia. ¿Cree que si yo sacase el revólver le dejaría que disparase una sola vez…?

—Nunca hago cálculos de lo que puede sobrevenir en un duelo.

—Yo sí hago cálculos, Marlowe… Y, por ejemplo, en este caso concreto, yo le dejaré a usted tieso.

—¿Cómo sabe que soy Marlowe?

—¿Eh?

—Me ha llamado por mi nombre.

—Se lo oí a Bárbara:

Chuck se dirigió a Bárbara sin mirarla.

—¿Es eso cierto, Bárbara?

—No, yo no dije tu nombre, Chuck.

Marlowe tenía los ojos fijos en el rostro del llamado Douglas, quien se estaba quedando serio poco a poco.

—¿Qué dice ahora, Douglas…? ¿Cómo supo mi nombre?

—Váyase al infierno. Lo sé porque lo sé.

—Ahora empiezo a comprender su deseo de vaciarme el estómago con un plomo. Alguien le pagó para que me comprometiese en cuanto me echase el ojo encima. Eligió el incidente de Bárbara, pero me habría buscado las cosquillas por cualquier otra razón.

—Oiga, usted es un gran tipo.

—¿Usted cree?

—Sí, Marlowe. Lo adivina todo.

—Me gusta analizar los hechos, sobre todo cuando estoy metido en el ajo.

—Pues si le gusta el ajo, ya no lo va a probar —dijo Douglas y tiró del revólver.

Bárbara lanzó un grito mientras se cubría la cara con las manos. En el saloon se produjo un estruendo que hirió los tímpanos. Marlowe cayó en el suelo dando vueltas.

CAPÍTULO XI

Ya habían cesado los disparos.

Bárbara apartó las manos de la cara.

Vio a Marlowe inmóvil, en tierra, y dio otro grito.

Más allá, cerca de la puerta, estaba Douglas, boca arriba, los ojos fijos en el techo. Una bala le había entrado por el puente de la nariz.

Chuck se levantó rascándose detrás de una oreja.

Bárbara le miró asombrada.

—¡Dios mío! ¡Creí que estabas muerto!

—Soy duro de pelar.

—Entonces, te arrojaste a tierra intencionadamente.

—Sí. Me di cuenta de que Douglas era un buen gun-man y que si yo le mataba, él podría matarme también. Preferí darme impulso para no correr ningún riesgo.

Se oyó una carrera fuera y las puertas se abrieron de golpe. Era el *sheriff* Cárter Clyde.

Su aspecto era un poco cómico porque tenía restos de jabón en la cara.

Después de echar una ojeada al cadáver, caminó hacia Marlowe.

—No me lo diga, Marlowe. Legítima defensa.

—Acertó, jefe.

—Y discutieron por una mujer. A que sí.

—Oiga, usted es un tipo estupendo.

La cara del *sheriff* se puso roja. Por fin estalló:

—Marlowe, me está sacando de quicio.

—Lo siento, pero no es culpa mía.

—Quedamos en que se iba a dormir.

—No, recuerde, antes bebería un trago… Pero ya lo hice y me puedo marchar.

Bárbara se colgó de su brazo.

—¿Es que no vienes conmigo?

—Mañana, quizá.

—Lo estás alargando demasiado.

Chuck se encogió de hombros y señaló al *sheriff*.

—Ya lo ves, nena, el representante de la ley me considera un enemigo peligroso.

—*Sheriff*, es usted un feúcho —dijo Bárbara.

Chuck dio una palmada en la cara de la joven y salió del local.

Era una lástima que Douglas se hubiese ido al otro mundo sin decirle el nombre de la persona que le había pagado.

Pero, ya que estaban así las cosas, tenía que conformarse. Continuaba viviendo y eso era lo importante.

Entró en el hotel Republique. En el registro estaba ahora el empleado llamado Joe.

—Una habitación, muchacho.

—No hay.

—¿Cómo es eso…? No me enteré de que se celebrase aquí un rodeo.

—No se celebra ningún rodeo.

—Entonces, ¿por qué no hay habitación?

—Por el tomate.

—¿Qué tomate?

Joe se inclinó sobre el mostrador disponiéndose a hablar confidencialmente.

—Verá, señor, tenemos en el hotel a la senadora Sawson.

—Sí, ya lo sé, pero ¿qué tiene que ver?

—Están pasando muchas cosas en Jefferson City desde que llegó la senadora, y el dueño, Paul Vengers, ha dicho que cierre el local hasta nueva orden.

Chuck dio un suspiro y sacó una moneda de a dólar.

—¿Hay o no hay habitación?

—Ya tiene la nueve —contestó Joe atrapando la moneda.

—Gracias, muchacho…

—A propósito, señor Marlowe. Ya ve que lo conozco, es usted un tipo muy famoso.

—Al grano, Joe.

—¿Le interesa una fiestecita?

—No, gracias.

Chuck pagó el alquiler de la habitación por un día y recibió la llave de la habitación.

—Oiga, señor Marlowe, si cambia de opinión, aquí me tiene.

—Gracias por tus desvelos, muchacho.

Chuck entró en su habitación. Había trabajado demasiado aquel día y se había ganado un buen descanso.

Cerró la puerta con llave, se quitó el cinturón y lo dejó colgado en la cabecera de la cama, pero luego lo pensó mejor y sacó el revólver de la funda.

Tras dejar el arma en la mesilla de noche, se tendió en el lecho. Pero de pronto se dio cuenta de que no tenía sueño.

Había corrido muchas aventuras en su vida, pero ésta se llevaba el premio. Era un lío tremendo.

Naturalmente, no iba a abandonar, por eso se había quedado allí. Además, estaba Petula Jones.

¿Por qué pensaba ahora en Petula…? ¡Oh, sí! Porque era muy bella, muy atractiva.

¿Cuántas mujeres como ella había encontrado a lo largo de su vida?

Sí. Desde luego las había conocido a centenares, pero… ¿poseía alguna el encanto de Petula? Claro que no.

De repente golpearon la puerta.

Chuck atrapó el revólver.

—¿Quién es?

—Abra inmediatamente, señor Marlowe. Era justamente la voz de la mujer en quien estaba pensando: Petula Jones.

—Un momento, en seguida le abro —dijo.

Dio la vuelta a la llave…

Petula se precipitó en la habitación.

—¿Dónde está, señor Marlowe?

—¿Dónde está qué…?

—¿Qué va a ser? El ataúd de mi abuelo… ¡Usted lo robó!

CAPÍTULO XII

—¿De qué me está hablando?

—Lo he dicho bastante claro, me parece.

—Bueno, quiero decir que no tengo nada que ver con la desaparición de las cenizas de su abuelo.

¿Me quiere explicar eso?

—Acaba de llegar el señor Custer y me ha dicho que desapareció mi abuelo.

El hombre del que hablaban, Custer, apareció en la puerta.

—¿Cómo pudo ocurrir, señor Custer? —preguntó.

Chuck.

—Fui a beber un trago. Lo necesito para mi reuma, y no crea que es cosa mía, sino del doctor.

—¿Cuánto tiempo estuvo ausente del establo?

—Unos quince minutos, puede que veinte. Lo cierto es que, cuando volví, el ataúd ya no estaba en el establo.

Petula señaló con el dedo a Chuck.

—No se haga el santurrón. Fue usted. Por alguna razón se empeñó en quedarse con mi abuelo, pero ahora lo va a soltar.

—Cálmese, Petula.

—Y un infierno… Sólo me calmaré cuando tenga otra vez conmigo a Tobías Jones.

—Le prometo que lo tendrá, pero no espere que se lo sirva ahora.

—No hagas chistes a costa del abuelo.

—Lo siento, Petula, pero es usted quien dio oportunidad para ello.

Chuck paseó por la estancia. Finalmente se detuvo mirando a la joven.

—¿Ya sé lo qué pasó?

—¿Sí…?

—Los tipos que robaron su ataúd sufrieron la misma equivocación que yo. Creyeron que en su interior estaba el senador Sawson. Por tanto, no tiene que preocuparse. Cuando se den cuenta de su error, le devolverán el arca, las botas y la escopeta… O dejarán la caja en algún lugar para que usted la pueda recuperar fácilmente.

—Me gustaría que dijese la verdad.

—Palabra que es así.

—Es lo malo. Que no creo en su palabra.

Custer intervino:

—Como no les hago falta, me marcho.

—Gracias por haber venido a avisarme, señor Custer —dijo Petula.

—No es nada.

Petula y Chuck quedaron enfrentados, mirándose. En aquel momento oyeron un alarido.

—¿Qué es eso? —preguntó Petula.

—¡La senadora! —contestó Chuck y ya estaba corriendo.

Irrumpió en la *suite* de la señora Sawson. La rubia, cubierta con un camisón, se le echó en los brazos.

—¿Qué pasa, Melinda…?

—¡Dios mío, me iban a matar…!

—¿Quién?

—¿Quién va a ser…? Mi marido.

—Pero si él está muerto.

—Lo soñé.

Chuck exhaló el aire.

—Bueno, sólo fue una pesadilla.

—Usted dirá lo que quiera, pero le vi en carne y hueso. Yo estaba acostada y lo vi a los pies de la cama.

—Ahí no hay nadie. ¿Lo ve usted como yo…?

—Recuerdo perfectamente lo que me dijo.

—¿Qué fue lo que le dijo?

—Se lo repetiré: «Melinda, tú eres la culpable de que yo vaya de un lado a otro como un buhonero».

—¿Es posible?

—Sí, señor, lo entendí perfectamente. Pero agregó algo más.

—¿Qué cosa?

—Dijo que o yo acababa de una vez de pasearlo o me metería a mí también en el cementerio…

—Bueno, tranquilícese. Ahora todo pasó, está despierta.

La senadora se apretó contra él. En aquel momento apareció en la puerta Petula Jones.

Hizo un gesto enfurruñado, al ver la escena. El joven forzó una sonrisa.

—Es la señora Sawson, tenía una pesadilla…

—Sí. Ya veo que necesita mucha protección.

La senadora miró a la muchacha.

—¿Quién es ella, Chuck…?

—Le presento a Petula Jones, una amiga.

—Celebro conocerla.

—¡Qué! ¿Ya ha entrado en calor?

Melinda se apartó de Chuck y sus ojos echaron fuego.

—¿Qué es lo que está pensando, señorita Jones…?

—¡Oh, por mí no se preocupe!, puede continuar.

—Pero ¿qué clase de descarada es usted…? ¿No ve que soy una pobre viuda…?

—Sí. Eso se nota.

—Si la atrapo del pelo, la voy a arrojar por la ventana.

—No me diga.

—Ahora verás lo que hago contigo.

Chuck estaba asombrado y no intervenía para nada en aquella disputa.

Petula, en lugar de marcharse, entró en la habitación con los puños levantados.

—Ande, intente arrojarme por la ventana. Le apuesto veinticinco centavos suyos contra un dólar mío a que es usted la que vuela.

La senadora también tenía su genio y se dispuso a la pelea.

Marlowe recuperó el buen sentido y se interpuso entre las dos jóvenes.

—¡Eh! ¡Un momento! Aquí no va a haber ninguna lucha.

Por el hueco de la puerta apareció Natalie, que se cubría, con un batín.

—¿Adonde fuiste, Natalie? —inquirió la viuda.

—A por agua a la cocina.

—Acuéstate y, como vayas otra vez en busca de Joe, te la ganas. Y entérate de una cosa, guapa. A mí no me la pega nadie.

La doncella bajó la mirada y se metió en su cuarto.

Petula dio media vuelta para salir, mientras decía:

—Les dejo a ustedes solos.

—Sí, será mejor que te marches, querida —repuso Melinda, desafiante—, o terminaré por olvidar que soy toda una dama.

—Si usted es toda una dama, yo soy Toro Sentado —contestó Petula y se marchó por el corredor.

La senadora intentó ir detrás de Petula, pero Chuck se lo impidió cogiéndola por un brazo.

—Olvídela, Melinda.

—¿Qué tiene que ver con ella, Chuck…?

—La conocí hoy, lo mismo que a usted…

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Verá, ustedes dos tienen una cosa en común.

—¿A qué se refiere?

—A las dos les robaron el ataúd con que viajaban.

—¿Quiere decir que también ella se quedó viuda?

—No. Petula transportaba las cenizas de su abuelo. Tal como están las cosas, a Petula le robaron el ataúd porque creyeron que era el de su esposo.

—Vaya, es divertido…

—Sí, lo es. Pero a mí me ha servido de mucho. He llegado a la conclusión de que unos tienen el ataúd del senador y de que otros lo quieren poseer. Por eso sufrieron la equivocación. Hay dos bandos enfrentados.

—No está mal. Tiene mucha lógica.

—Ahora viene mi pregunta, ¿en cuál de los dos bandos está usted, señora Sawson?

—¿Qué…?

—Estoy seguro de que ha oído perfectamente y no es necesario que le repita la pregunta.

—No estoy en combinación con nadie, Chuck.

—No lo creo.

—Soy una persona independiente.

—Le puedo demostrar que no lo es.

—Ande, dígame que me he enamorado de usted.

—No me refería a eso, Melinda.

—¿A qué entonces?

—Al hombre que mató a mi amigo y que resultó muerto por él, a ese rubio que se llamaba Booth.

Vino a hablar aquí con usted. Era su cómplice, confiéselo.

—No le voy a confesar nada.

—Está bien, me iré, aunque antes quiero hacerle una advertencia, Melinda. Está jugando con fuego y se va a quemar.

—Muchos hombres me han dicho que yo soy una mujer así, que quemo.

—Ellos hablaban de una cosa y yo de otra.

Melinda sonrió coquetamente, mientras se acercaba a Chuck.

—Preferiría que pensase como ellos.

—No puedo, Melinda.

—¿Por qué no? Sólo tendría que poner un poco de su parte. Yo haría lo demás.

—Me estoy muriendo de sueño.

Melinda se puso de puntillas y lo besó en los labios.

En aquel momento se abrió la puerta de golpe.

Los dos se separaron y miraron hacia el hueco.

Era otra vez Petula. Ahora estaba muy asombrada.

—Sólo vine a decirle una cosa, senadora. Que por mí se lo puede comer en su propio jugo.

Dicho esto, pegó un portazo desde el corredor.

Melinda se echó a reír.

—Vaya, la nena está celosa.

—No diga tonterías. No tiene motivos para estarlo, porque también ella me conoció hoy.

—Así es el amor, Chuck. Llega rápido.

—Sí, y también se va rápido, como yo.

Se dispuso a salir, pero ella lo retuvo por el brazo.

—Chuck, quiero que te quedes…

—Ya te dije que no puedo —la tuteó él también.

La joven puso cara asustada.

—Puedo tener otra pesadilla.

—Pero ya sabes que no será más que eso, ya que tu marido está bien muerto.

—Eso no me sirve.

—Pues procura que te sirva. De todas formas, si quieres contarme la verdad acerca de las joyas, llégate a mi habitación. Es la nueve.

Chuck regresó a su cuarto.

Se tendió en la cama y encendió un cigarrillo.

Echóse a reír al recordar a Petula.

De pronto oyó un cascabeleo y no quiso incorporarse de golpe porque comprendió de qué se trataba.

En su habitación había una serpiente de cascabel.

El ruido venía de la derecha.

Soltó una maldición porque su revólver estaba justamente en ese lado.

Poco a poco volvió la cabeza. Allí estaba, justo al borde de la cama.

Sacaba y metía la lengua de su repugnante boca, aquella boca provista de agudos dientes que inoculaban un veneno que a él lo mandaría al otro mundo.

Súbitamente se sintió empapado en sudor.

Sabía lo rápida que era una serpiente de cascabel al atacar.

El podía darse impulso para arrojarse del lecho, pero antes de que lo lograse, la serpiente lo alcanzaría con su mordedura fatal.

La puerta se abrió y eso le hizo recordar que esta vez no la había cerrado con llave.

Petula Jones se detuvo y sus ojos se agrandaron poco a poco.

—No se mueva de ahí, Chuck, en seguida voy por mi revólver.

Chuck, de buena, le hubiese dicho: «¿Cómo quiere que me mueva si entonces la serpiente me atacará…? ¿Qué hace ahí, condenación…? Muévase».

Oyó cómo la joven corría por el pasillo.

La serpiente se estaba acercando más y más.

Chuck titubeó. Podía lanzarse sobre el ofidio y atraparlo entre sus manos. Pero desistió porque eso sería una locura.

No tenía ninguna probabilidad de salvación.

Aquella maldita serpiente de cascabel iba a acabar con sus aventuras y lo peor del caso era que abandonaría este valle de lágrimas sin saber quién había robado el ataúd del senador Sawson.

Estaba contando los segundos. ¿Qué hacía Petula? Quizá la chica

había cobrado miedo.

Además, ¿qué confianza podía tener en la puntería de Petula, suponiendo que llegase a tiempo de disparar contra él reptil?

CAPÍTULO XIII

Sonó un estampido.

Chuck Marlowe vio cómo la serpiente daba un salto en el aire.

Había sido alcanzada en la cabeza. Marlowe saltó de la cama.

Petula Jones se tambaleó en el hueco de la puerta, todavía con el humeante revólver en la mano.

—Creo que me voy a desmayar —dijo.

Chuck la tomó por la cintura.

Petula dejó caer el revólver.

—Me ha salvado la vida —dijo Chuck.

—No comprendo cómo pude acertar al primer disparo.

—Tiene una gran puntería.

—Fue pura casualidad.

Chuck tragó saliva pensando que si el proyectil no hubiese reventado la cabeza de la serpiente, él estaría muerto porque el ofidio habría caído sobre él como un rayo.

Sin darse cuenta, besó los cabellos femeninos. Ella levantó la cara y esta vez Chuck la besó en los labios. Ella se retiró.

—Chuck, no ha debido hacer eso…

—Perdón, fue cosa de los nervios. ¿A qué vino, Petula?

—Quería decirle algo.

—Hable.

—Me comporté muy mal con usted. Al fin y al cabo, es dueño de estar con la mujer que le dé la gana… Naturalmente, también le autorizo a que presente mis excusas a la señora Sawson.

—Debo aclararle algo, Petula. Entre la señora Sawson y yo no existe absolutamente nada.

—Pues cualquiera lo diría, viéndolos tan juntos.

—Usted y yo estamos igual de juntos ahora y tampoco existe

nada.

—Caramba, pues es verdad…

Chuck sonrió.

—¿De qué se ríe? —dijo ella con voz irritada.

—De nuestro primer encuentro. Fue curioso, ¿no le parece?

—Sí, mucho… Joe, el empleado del hotel, me ha dicho que está usted metido en un buen lío.

—Es él quien se mete en más líos que yo.

—¿Qué significa la desaparición del ataúd del senador?

—Es bien sencillo. Dentro viajan joyas por valor de doscientos mil dólares.

—Dios mío, eso es una fortuna y deben pertenecer a alguien.

—A un tal senador Smith. Le fueron robadas en Washington.

—Ahora comprendo. Va mucha gente detrás de ellas.

—A juzgar por lo que está pasando, se ha dado cita aquí toda la gentuza de Texas.

—Y usted también quiere las joyas.

—Desde luego.

—¿Qué clase de hombre es usted, Chuck?

—En algunos lugares me llaman el Desvergonzado Chuck, en otros el Farsante Marlowe. Y hasta hay ciudades donde soy más conocido por el sobrenombre de Ese Condenado Bastardo de las Piernas Largas…

Petula se echó a reír.

—No creo que sea ninguna cosa de ésas.

—¿Usted cree?

—A mí me parece muy normal.

Petula se volvió hacia la puerta.

—Será mejor que vuelva a mi habitación.

—Sí, será lo mejor.

—¿Por qué está de acuerdo conmigo?

—Porque usted y yo somos demasiado jóvenes todavía para que nos comprometamos seriamente.

—Yo voy a cumplir veinticuatro años.

—Y yo veintiocho.

—Sí, creo que tiene usted mucha razón —dijo Petula y salió de la habitación como una sonámbula.

CAPÍTULO XIV

Andy Heston gritó desde el interior de la celda:

—Eh, *sheriff*, dígame que ahora no han pasado las veinticuatro horas.

El *sheriff* consultó el reloj de pared.

—Faltan dos minutos.

—Mientras coge usted el llavero, introduce la llave en la cerradura y me abre, habrán pasado esos dos minutos.

El *sheriff* sopesó las palabras del viejo. Su ayudante, Stephen Rowe, dijo:

—Creo que Andy está en lo cierto.

—No pedí tu opinión, Stephen, y harías bien en callarte la boca mientras tanto.

—Sí, señor a la orden.

El *sheriff* se puso en pie y atrapó al llavero de la pared. Caminando lentamente, se acercó a la reja.

Andy corrió para coger su agrietado sombrero que estaba en un rincón y se volvió sonriente.

—Andy, antes de que salgas quiero decirte un par de cosas —habló el *sheriff*.

—Le escucho, autoridad.

—No quiero que vayas esta noche al saloon Oriental.

—¿Por qué no?

—Porque ya han ocurrido demasiadas cosas graves durante el día para que tú atrapes una borrachera y me amargues la noche.

—Está bien, autoridad, me iré a mi cabaña.

—Será mejor que sigas mi consejo. Dentro de Un rato daré la vuelta por el saloon Oriental y, si te veo allí, te traigo derecho a la celda.

—Tiene mi palabras de que no iré por el saloon.

El representante de la ley emitió un gruñido de asentimiento y abrió la puerta enrejada.

Andy salió corriendo.

—Buenas noches, ayudante —saludó—. Buenas noches, *sheriff*.

Llegado a la calle, caminó en la dirección opuesta al saloon Oriental.

Al llegar al final del pueblo, subió por la colina donde se ubicaba el cementerio.

El sepulturero, Jim Thompson, vivía en una pequeña casa de adobe flanqueada por cipreses.

Jim Thompson era un tipo medio loco. Decía que a él le gustaba vivir con los muertos. Andy y él se llevaban muy bien porque los dos tenían la misma afición. El *whisky*.

Andy aporreó la puerta y oyó la voz tartajosa de Jim.

—¿Quién es?

Eso demostró que Jim tenía una botella de *whisky* a su alcance. Lo maldijo pensando que se la hubiese bebido toda.

—Abre a Andy, Jim Thompson.

—Vete al infierno.

—Ahora tengo un negocio que proponerte.

Se oyó el chirrido de una mecedora y finalmente Jim Thompson abrió la puerta. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de cara alargada. Vestía ropa muy desaseada y tenía la barba larga, en punta, como los chivos.

Andy se coló en la habitación frotándose las manos.

—¿Dónde está la botella?

—¿Qué botella?

—La de *whisky*.

—No hay botella de *whisky*.

—Maldita sea, ¿ya la escondiste? —rezongó Andy, mirando a su alrededor.

—Te he dicho que no hay *whisky*.

—No está bien que hagas eso con un amigo como yo. He estado en la cárcel.

—Sí, ya me enteré. Has dicho que me ibas a proponer un negocio.

—Sí, desde luego, pero antes quiero beber un trago.

—Ya entiendo, me engañaste para que abriese la puerta. Anda lárgate.

—Jim, no te he engañado. Hay mucho dinero en juego. Doscientos mil dólares.

—Por ahí dicen que yo estoy loco. ¿Pero sabes lo que te digo? Que el loco eres tú. No hay doscientos mil dólares en Jefferson City, y dudo mucho que los haya en todo Texas.

—Sin embargo, están aquí.

—En Jefferson City, ¿eh?

—En tu cementerio.

—Lo que te dije, estás mal de la cabeza.

—Dame ese trago y te lo contaré.

Jim se dirigió hacia, donde había un baúl. Abrió éste y extrajo una botella que estaba por la mitad.

—Demonios —dijo Andy—. Hay una buena ración.

—Cuidado con bebértelo todo —repuso Jim, dándole la botella.

Andy la empinó.

—Ya basta —dijo Jim.

Andy interrumpió el trago porque tenía necesidad de llevar aire a sus pulmones. Fue a empinar otra vez el frasco, pero Jim lo detuvo.

—Háblame ahora de tu negocio o te echo a puntapiés.

—Verás, Jim, yo estaba en la celda cuando oí una conversación por la ventana. Dos hombres hablaban a la otra parte. Se refirieron al ataúd del senador que llegó hoy a Jefferson City.

—¿Qué tiene que ver eso con el negocio de los doscientos mil dólares?

—Ahí está lo bueno. Dentro del ataúd viajan joyas por ese valor.

—No lo puedo creer.

—Oye, tú no sabes nada de lo que pasa en el mundo, porque no lees los periódicos. Yo sí que los leo.

—¿Y qué?

—Hace unas semanas se cometió un robo en Washington. Fue en casa del senador Smith. Le limpiaron las joyas por valor de doscientos mil dólares. —Andy sonrió—. ¿Te das cuenta ahora?

Jim Thompson había entornado los ojos.

—Condenación, por un momento me habías llegado a embaucar.

—¿Qué quieres decir, Jim?

—Dijiste que esa plata estaba en mi cementerio, pero tú sabes que al senador Sawson no lo van a enterrar aquí, sino en Los Abedules. Su ataúd está de paso en la ciudad.

—Sí, estaba de paso pero lo robaron.

—¿Supones que lo han traído aquí?

—Fue lo que dijeron esos hombres, que lo traerían aquí.

—Pero, yo no he visto nada.

—Claro, ¿qué piensas?, ¿qué te lo iban a decir?

—Creo que voy entendiendo.

—Anda, Jim, coge tu revólver. A mí déjame la escopeta. Hemos de tener cuidado. Somos nosotros quienes hemos de sorprender a esos tipos, pero hay que darse mucha prisa.

Jim hizo entrechocar los dedos.

—Sí robaron el cuerpo del senador, ya deben haberse largado con la plata.

—No, no han hecho tal cosa.

—¿Cómo lo sabes?

—Los ladrones dijeron que se encontrarían aquí con su jefe, en una cripta.

—¿En cuál?

—En la de la familia del alcalde.

—Demonios, ¿qué estamos esperando? Vamos de una vez a por esas joyas.

Jim Thompson atrapó una escopeta que arrojó a Andy y él cogió el revólver, pero antes de salir los dos llegaron a la conclusión de que debían reunir fuerzas con un buen trago de *whisky*.

Al abrir la puerta, la lluvia les azotó.

—El tiempo está a nuestro favor —dijo Andy—. Con este temporal podremos acércanos a la cripta sin que se den cuenta.

Jim se echó a reír.

—¿Cuántas botellas de *whisky* se pueden comprar con doscientos mil dólares?

—Muchas, Jim, y también se pueden comprar otras cosas.

—Demonios, puedo comprar hasta este cementerio para mí.

—Silencio, Jim.

Los dos caminaron embistiendo las rachas de viento cargadas de agua.

Por fin llegaron a la cripta de la familia del alcalde.

—Eh, Andy, la puerta está abierta.

—Eso te demuestra que no te mentí.

Descendieron por la corta escalera. Abajo había luz. De pronto, los vieron.

Eran dos hombres. Estaban sentados en el suelo y entre ambos había un ataúd cerrado.

—Quietos, muchachos —dijo Jim Thompson—. Al que se mueva, le vuelo la cabeza.

Los dos tipos se quedaron como estaban. Los dos eran de mediana edad, pero uno tenía el cabello rojizo y el otro negro.

El pelirrojo sonrió.

—¿Son ustedes los cuidadores del cementerio?

—Yo soy el cuidador —repuso Jim—. Éste es mi amigo Andy.

—Mi nombre es Gerald Yerby y éste es Jack Kramer. Nos sorprendió la tormenta y entramos aquí para guarecernos.

—Se le olvidó presentar a alguien. Al muerto.

—No, lo siento. El muerto no es nuestro.

—Mentira.

—¿Qué dice?

—El muerto lo trajeron puesto. Quiero decir que ustedes son unos ladrones de cadáveres.

—No puede acusarnos de eso.

—Robaron el cuerpo del senador Sawson de la funeraria de Slim Anders y Andy y yo sabemos el motivo.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Por las joyas que hay dentro de ese ataúd y que valen doscientos mil dólares.

—Usted está loco como una cabra, amigo. ¿Desde cuándo entierran a los muertos con joyas de tanto valor?

—No se haga el listo, muchacho. Yo digo que están ahí las joyas y sé que están. Ustedes forman parte de la pandilla que dio el golpe, pero ahora los que vamos a dar el golpe somos nosotros, mi amigo y yo.

—¿Y qué va a hacer con nosotros?

—Soy sepulturero, de modo que está clara la cosa.

—Nosotros dos al hoyo y usted al bollo.

Jim Thompson se echó a reír.

—Demonios, que chiste más bueno le salió.

—Espera al siguiente —dijo el pelirrojo y tiró del revólver.

Su compañero lo secundó.

En la cripta de la familia del alcalde se produjo tal estruendo que la señora Holmes, la maestra de la localidad, cuya casa estaba cerca del cementerio, juró que los muertos estaban arrastrando cadenas.

CAPÍTULO XV

Jim Thompson recibid un balazo en el pecho pero antes de caer metió un plomo en el ojo izquierdo del pelirrojo.

Los dos quedaron listos.

Andy Heston apretó el gatillo de la escopeta.

Pero se impresionó mucho por la muerte de Jim Thompson y no dio en la diana, en el individuo llamado Jack Kramer.

Éste, por el contrario, demostró que era un pistolero de buen temple, y puso en marcha tres proyectiles, porque siempre tomaba esa precaución por si fallaba el primero.

Pero no falló ni uno solo de sus plomos. Uno atrapó a Andy Heston por la ingle y dos por el sobaco.

Saltó en el aire como un pelele y bajó muy aprisa las escaleras, rodando.

Al llegar, miró a su amigo Jim Thompson y dijo:

—Debí traer la botella de *whisky*.

Luego dobló la cabeza y murió.

El único superviviente de aquella masacre era Jack Kramer.

Acudió al lado de su amigo Gerald Yerby y, después de echarle un vistazo y comprobar que estaba muerto, dijo con notable lógica:

—Esa cripta es de las de lujo. Fuiste pobre pero has muerto como un rico.

Jack oyó pasos en la escalera y se preparó para soltar otra andanada pero vio al hombre que bajaba y dio un suspiro de alivio.

—Bien venido, señor Maddern.

El recién llegado frisaba en los cuarenta años de edad y era alto, bien parecido. Se cubría con un impermeable y tenía las maneras de un caballero de Virginia.

—Infiernos —exclamó—. ¿Qué es esto?

—Un panteón.

—No hagas chistes, Jack.

—Perdón, señor Maddern, pero ya ve lo que pasó. Esos dos tipos que tiene usted a sus pies quisieron ser demasiado vivos. Uno es Jim Thompson, el sepulturero de este cementerio, y el otro un tal Andy Heston. Vinieron aquí a sorprendernos. Por lo visto, sabían lo que nos llevábamos entre manos. Por desgracia, mi amigo Gerald no lo puede contar.

—Bueno, menos mal que tú quedaste para contarlo.

—Espere a oír el resto de mis historias y quizá usted se caiga tan redondo como esos tipos.

—¿Qué pasa?

—Usted nos engañó como chinos, señor Maddern. Las joyas no están en el ataúd.

William Maddern terminó de bajar la escalera. Su rostro estaba tan lívido que parecía un muerto más.

—¿Qué dices, Jack?

—¿Quiere que se lo repita, señor Maddern? —Sí, repítelo.

—Gerald y yo registramos bien el interior de la caja y no hay joya que llevarse a la boca.

—Estúpido. Las joyas están en la cabecera.

—Descubrimos el compartimiento secreto, señor Maddern, pero está vacío.

—No puede ser.

—Si quiere, lo puede comprobar usted mismo.

—No puedo, soy muy aprensivo con los muertos.

—Pues ha venido usted a buen sitio.

—Te he dicho que no consiento burlas.

—Usted perdone, señor Maddern, pero fíjese qué fila de muertos, y todo, ¿para qué…? Si quiero sacar algún provecho de esto, le tendré que robar a Gerald los dos dólares que le quedaban, porque esos dos tipos, el sepulturero y su amigo, no creo que tengan un centavo.

Hubo un silencio y, de pronto, Maddern se echó a reír.

—Eh, señor Maddern, ¿le pasa algo?

—¿Por qué dices eso?

—Como veo que se está riendo y dice que los muertos no le hacen gracia…

—Me rió porque habías llegado a convencerme. Me querías engañar.

—¿Yo?

—Sí, tú querías convencerme de que no habíais encontrado las joyas y en un momento lo acabo de comprender. En una fracción de segundo se ha hecho la luz en mi mente.

—Pues a ver si me da un poco de luz a mí, porque estoy a ciegas.

—Tú escondiste las joyas, Jack.

—¿Yo?

—Sí, tú las sacaste de su escondite para esconderlas en otra parte. Pensaste que me podrías burlar.

Yo me doy por satisfecho con tu explicación, me largo y luego tú sacas las joyas y te vas a disfrutarlas a México.

—Señor Maddern, se va a ofender usted mucho pero no tengo más remedio que decírselo. Está usted más «errado» que mi caballo.

Maddern apretó el gatillo del revólver que esgrimía con la diestra.

Jack lanzó un chillido cuando la bala le atravesó la mano y dejó caer su arma.

Retrocedió asustado.

—¿Qué ha hecho, señor Maddern?

—He empezado a ajustarte las cuentas.

—Pero, señor Maddern, le he dicho la verdad. En el ataúd del señor Sawson no había ninguna joya.

—Yo te voy a arreglar a ti, bastardín.

—Maddern, no cometa un error que luego va a lamentar.

—Tú eres el que lo cometiste y ahora me toca a mí obligarte a que lo lamentes.

—¿Qué quiere que haga para convencerle?

—Sólo tienes que decirme dónde escondiste las joyas:

—¿Cómo le iba a engañar yo, señor Maddern? ¿Es que no sabe que soy un desgraciado? Yo necesito alguien que me guíe.

—Sí, todo eso están bien, pero la avaricia, en el hombre, es su pecado capital.

—No le entiendo.

—Que al ver las joyas a tu alcance, has pensado hacer el negocio por tu cuenta.

—Señor Maddern yo no he hecho estudios como usted. Sólo estudié en la vida. Pero ¿cree que si hubiese pensado en eso me habría quedado aquí a esperarlo?

William se quedó pensativo.

Sí, el argumento era bueno.

Empezó a darle vueltas al asunto. Si Jack tenía razón y las joyas no estaban en el ataúd, sólo quería decir una cosa, que cierta persona era más inteligente de lo que él había supuesto.

* * *

Chuck estaba a punto de conciliar el sueño cuando llamaron a la puerta.

Se irguió llevando la mano a la mesilla de noche, donde estaba el revólver.

—¿Quién es?

—Soy yo, la señora Sawson.

—¿Qué quiere, Melinda?

—Abra, es urgente.

—Está bien, ahora le abro.

Chuck saltó de la cama. Se había acostado vestido. Fue a la puerta y la abrió.

Melinda se le echó en los brazos.

—¿Qué le pasa, Melinda? ¿Otra vez la pesadilla?

—No, ahora es peor, he oído voces.

—Será su doncella hablando con Leo.

—No diga tonterías. Natalie se largó. Me dejó una carta diciéndome que me buscase otra doncella.

Dice que estaba harta de recibir órdenes mías.

—Es casualidad que haya elegido este lugar y este momento para plantarla a usted.

—Usted ya sabe que la desgracia nunca viene sola, sino acompañada de otras.

Melinda se puso de puntillas y besó a Chuck.

Sacó su mano derecha del bolsillo del batín. Con ella esgrimía un cuchillo que dirigió al cuello de Marlowe.

Capítulo XVI

En aquel momento llamaron a la puerta. La señora Sawson bajó rápidamente la mano y escondió el cuchillo en el bolsillo.

Marlowe se apartó de Melinda y dijo:

—¿Quién es?

—Soy yo, Chuck —le contestó la voz de Petula—, ¿me abres?

—Lo siento pequeña, pero ahora no puedo.

—¿Por qué?

—No estoy visible. ¿Querías algo importante?

—Sólo preguntarte si estás enamorado de mí.

—Claro que lo estoy, pero ya hablaremos mañana.

—Sí, Chuck, aunque creo que no voy a pegar ojo.

—Yo tampoco.

—En tal caso, ¿por qué no salimos a la calle a dar una vuelta?

—Estás lloviendo a mares.

—¿De veras? No lo sabía… Bueno, será mejor que vuelva a mi cuarto.

—Hasta mañana, Petula.

Marlowe oyó los pasos de Petula que se alejaban por el corredor y dio un suspiro de alivio.

Pero el más profundo suspiro de alivio lo dio Melinda.

—No he conocido una chica más cursi que esa tonta —dijo.

—Yo no lo creo así.

—No me irás a decir que realmente estás enamorado de ella.

—No lo sé.

—Oh, no, Chuck, me decepcionarías mucho. Pensé que se lo decías para quitártela de encima.

—No hablemos de eso ahora.

—Sí, querido, no hablemos porque sólo debemos pensar en

nosotros y en que estamos aislados del mundo.

Melinda lo volvió a besar y volvió a sacar el cuchillo.

Ahora no fallaría. Pero otra vez llamaron a la puerta. Melinda soltó otra vez un juramento en su fuero interno mientras volvía a guardar el arma blanca.

—Chuck —dijo otra vez la voz de Petula.

—¿Qué pasa ahora, Petula?

—¿Quién hay contigo?

—Nadie.

—¿Estás seguro?

—Claro que lo estoy —contestó Chuck, mientras soltaba una retahíla de maldiciones para sus adentros.

—Creo que me estás engañando, Chuck.

—¿Por qué dices eso?

—Vi la puerta de la *suite* de la señora Sawson. Llamé pero allí no hay nadie.

—Bueno, habrá salido a tomar el aire.

—Pero si está descargando un temporal, tú me lo recordaste.

—Oh, sí, es cierto. Quizá se dirigió a la funeraria para ver si había aparecido el ataúd de su marido.

—Sí, es posible… Perdona.

—Hasta mañana, Petula.

—Hasta mañana, Chuck.

De nuevo se marchó Petula por el corredor. Melinda hizo rechinar los dientes.

—¿Pero qué se ha creído esa tonta?

—No la llames así. Al fin y al cabo, se preocupó por ti.

—Sí, claro, se preocupó por mí porque pensó que podía estar contigo.

—Anda, Melinda, vuelve a tu cuarto.

—¿Es qué me echas?

—Sí te quedases, traicionaría a Petula.

—Estás enamorado de ella, ¿eh?

—Yo nunca me enamoré de una mujer. Lo que pasa con esa chica es que estoy hecho un lío.

—Cuando un hombre dice que está hecho un lió es porque ama.

—Pareces saber mucho de hombres.

—Soy sincera contigo, Chuck. ¿Qué culpa tengo yo de ser

hermosa y atractiva? He tenido hombres por docenas. Estoy acostumbrada a rechazarlos pero, sin embargo, te elegí a ti. Eso debería halagarte.

—Y me halaga, pero no es el momento más adecuado para que tú y yo sostengamos un romance.

—¿Quién dice que no?

—Estoy un poco aturdido.

—¿Por qué?

—Por los acontecimientos.

Chuck empujó a Melinda hacia la puerta y dio la vuelta a la llave con la mano izquierda.

Melinda se dio cuenta de que iba a salir de allí sin haber cumplido su misión. Tenía que matar a aquel entrometido.

—Chuck, no puedo ir a mi cuarto, recuérdalo, estoy sola, tengo miedo, mucho miedo…

Se abrazó a él pero esta vez no tuvo tiempo de sacar el cuchillo. En aquel momento se abrió la puerta y se oyó una exclamación.

—¡Bígamo!

Era Petula Jones.

Marlowe había quedado tan sorprendido que perdió el habla.

Melinda se volvió como una fiera hacia la muchacha.

—Pero ¿quién te crees que eres? ¿Con qué derecho interrumpes?

—Tiene la cara muy dura, senadora. Se supone que es usted, una viuda llena de dolor.

—Estoy llena de dolor y por eso vine aquí, para contar mis penas a alguien.

—Eso se lo cuenta al *sheriff*.

—El *sheriff* es demasiado viejo.

—Al muchachito del hotel.

—Demasiado joven.

—Claro, y si digo a su marido, dirá que está demasiado muerto.

—Muy gracioso.

—Usted es una… una…

—¡No lo digas!

Chuck reaccionó atrapando a Melinda por el brazo.

—Melinda, ¿quieres, por favor, dejarnos un momento a solas? Luego iré a verte.

—Dame tu palabra.

—Te lo prometo.

—Está bien, me iré pero cuídate de ella, es una gata.

—Si yo soy una gata, usted es algo peor, señora Sawson —repuso Petula.

Chuck atrapó también el brazo de Petula.

Empujó a Melinda, hacia fuera, y atrapo a Petula, hacia dentro.

Cuando la senadora hubo salido, pegó un envión a la puerta con el pie. Petula gritó:

—¡Suéltame! No quiero que me pongas las manos encima. Eres un Barba Azul.

—Te estás equivocando.

—¿Crees que no tengo ojos en la cara? Y yo, la muy inocente, vine aquí para preguntarte junto a la puerta si estabas enamorado de mí y justamente estabas abrazando a otra mujer.

—¿Quieres callar por un minuto y dejar que hable yo?

—No me hace falta que digas nada. Tengo suficientes pruebas para no mirarte más en el resto de mi vida.

—La señora Sawson vino aquí porque se encontraba muy sola.

—Eso no hace falta que me lo jures.

—Tema miedo. —Y yo también lo tengo.

—Se le había marchado la doncella y soñó con su marido, ya sabes, una pesadilla…

—Menuda lagarta es esa senadora. Los hombres sois unos ingenuos. Os la pintáis solos para creeros todo lo que os cuentan señoras como la Sawson.

—Petula, me estás destrozando el corazón.

—Tienes un corazón muy débil.

—Me refiero a que desconfías de mí cuando todavía no estamos casados. ¿Qué será después? Eso demuestra que mi amigo Max tenía razón.

—¿Y qué es lo que decía tu amigo Max?

—Que todas las mujeres son iguales y que terminan por hacer la vida imposible a un hombre.

—Tu amigo Max era un bocazas y tú otro y ahora me voy con mi madre.

La joven trató de marcharse pero Chuck la sujetó por los brazos y la besó en la boca.

Ella se debatió tratando de librarse pero él aumentó su presión.

Los esfuerzos de Petula fueron languideciendo. Al fin, Chuck la soltó.

Los dos quedaron sin habla durante un rato, recuperando fuerzas.

—¿Qué significa esa mujer para ti, Chuck?

—Nada.

—No lo creo.

—¿Es qué vas a empezar otra vez? Melinda sólo me interesa por lo que se refiere al ataúd de su marido. ¿Es que no te das cuenta, Petula? Hay doscientos mil dólares en juego.

—Me importan un rábano.

—A mí no, y a ti tampoco deben importarte un rábano porque si yo lograse esas joyas podríamos casarnos.

—Podríamos casarnos también sin necesidad de ellas.

—Soy pobre.

—¿Mucho?

—Tanto que mañana sólo tendré para una comida.

—Pues sí que la he hecho buena… Tuve un par de oportunidades de casarme con tipos ricos, y mi abuelo me alentaba a darles el sí, pero yo les di el no. Entonces mi abuelo dijo: «Tú eres de esas que terminan por casarse con un muerto de hambre». Y ya lo ves, después de tanto viajar, me encuentro contigo. Un muerto de hambre.

—Ya te he dicho que tengo para una comida.

—Sí, claro, ¿y yo qué? ¿O es que crees que me voy a alimentar mirándote a los ojos? Chuck se rascó la mejilla.

—Bueno, tendremos que dar por cancelado nuestro compromiso.

—¿Serías capaz de abandonarme…? Anda, dilo de una vez, para ti lo único que vale es el dinero.

Chuck se pasó una mano por la cara.

—Oye, ¿por qué no te tomas un té?

—Y de paso me envenenas.

—Petula, no sabes lo que dices. La presencia de esa mujer aquí te ha desquiciado los nervios. Será mejor que vayas a tu cuarto, hagas un poco de gimnasia y vuelvas.

—Yo sé lo que es mucho mejor.

—¿Qué cosa?

—Marcharme de este pueblo.

—¿Sabes que te digo? Por mí, buen viaje.
—Me iré en cuanto recupere las cenizas de mi abuelo.
—Te deseo mucha suerte.
Petula salió pegando un fuerte portazo.

CAPÍTULO XVII

Melinda Sawson estaba furiosa. Paseaba de un lado a otro de la estancia fumando un cigarrillo.

De repente, se abrió la puerta y Melinda se volvió bruscamente creyendo que sería Chuck.

—Maddern —exclamó al ver al recién llegado.

—Hola Melinda.

—¿Qué haces aquí?

—Vine para consolarte.

—Te dije en Washington que no hacía falta que me acompañases.

—Pero ya te advertí que estaba muy preocupado por ti.

—Bill, te agradezco mucho tu deferencia pero ya sabes lo que podría decir la gente si supiese que me haces compañía.

—Estamos muy lejos de Washington y de la gente que conocemos.

—Sin embargo, una mujer como yo, debe guardar las apariencias.

—Bueno, éste es un lugar muy retirado… Nadie sabrá que estoy aquí.

—No has debido venir.

—Querida, me he enterado de lo de tu marido. ¿Quién ha sido el canalla que robó el cadáver?

—No lo sé.

—Y, ¿por qué lo iban a robar?

—Ya sabes que Gregory era un hombre público muy querido.

—Quitémonos las caretas, Melinda.

—¿Qué quieres decir?

—Es la hora de la verdad. Tenías por esposo al hijo de perra más

grande de todo Texas.

—¿Qué?

—Es la pura verdad. Tu esposo era un político capaz de venderse a la persona que le ofreciese más dinero.

—¡Bill!

—Te engañaba con todas las mujeres que podía.

Melinda levantó la barbilla.

—No está bien que manches la memoria de tu mejor amigo.

—Mi mejor amigo… Pero ¿de qué hablas? Yo lo odiaba.

—¡Bill!

—Sí, lo tuve que soportar una y otra vez pero en realidad quería verlo como está ahora, metido en un ataúd. Cuando le dio el ataque al corazón en el Senado mientras pronunciaba aquel ridículo discurso, tuve que irme corriendo al excusado.

—¿Enfermo?

—No, para reír a gusto… Si hubieses visto en la posición ridícula que quedó allá en lo alto de la tribuna cuando le dio el soponcio… Nunca me he reído tanto.

—Bill, eres un sapo.

—Cartas boca arriba, Melinda… Sé lo que hizo el bastardo de tu marido antes de morir.

—¿A qué te refieres?

—Gregory, en combinación con dos ladrones profesionales, pegó un golpe en casa de su colega el senador Smith. Se llevaron joyas por valor de doscientos mil dólares.

—Oh, no.

—Oh, sí.

—Bill, te ruego que salgas inmediatamente de mi apartamento.

—No puedo, Melinda.

—Veo que tienes dos piernas. Ordénales que se muevan y ya verás como sales.

—Eres muy ingeniosa… Por si no lo has comprendido, te diré que no vine aquí por ti, me refiero a tu personita… Te he hablado de las joyas. Eso, eso lo que me interesa.

—Bill, me estás dando la sorpresa de mi vida.

—No veo que te desmayes.

—Soy una mujer muy entera.

—Bueno, a mí no me importa si estás entera o en pedazos. Lo

que me interesan son las joyas.

—¿Y qué tengo que ver yo con las joyas?

—Supiste el juego de tu marido y cuando él murió, decidiste que te correspondía ser la heredera de todos sus bienes.

—¿No te parece cosa lógica?

—Sí, mucho, pero según la ley, no debiste incluir en el dote unas joyas robadas.

—Bill, me estás cansando.

—Voy a terminar en seguida.

—Te lo agradeceré mucho. Así podré dormir.

William Maddern dio unos pasos hacia la joven. Sus labios sonreían.

—Fue un buen truco, eso de hacer creer que las joyas viajarían en el ataúd… Sí, señor. Admito que lograste engañar a todo el mundo, incluso a mí…

—¿De qué hablas?

—Ya sé que las joyas no están en la caja del muerto. Dos hombres contratados por mí la robaron de la funeraria.

—Así fuiste tú.

—Sí, querida. Fui yo… Pero el compartimiento que debía de estar lleno de joyas, el de la cabecera, está vacío…

—¿Sabes lo que te digo? Que voy a admitir un par de cosas, Bill.

—Buena chica…

—Me informé del robo de las joyas… Gregory me lo dijo la misma mañana en que murió. Había despachado a sus dos cómplices. Todo le había salido perfecto. Y al morirse, me dije que yo era la persona que debía beneficiarse de aquello.

—Muy justo.

—Pero tendría dificultad en convertir las joyas en dinero. ¿Te das cuenta, Bill? Gregory me había dejado en la ruina. Sólo tenía aquellas joyas… Estaba pensando en la forma de sacar las joyas del país cuando me llegó aquel telegrama de Los Abedules. Querían enterrar allí a Gregory.

—Y entonces, se te ocurrió lo del compartimiento secreto en el ataúd de tu esposo.

—Sí, pero ya ves que no ha servido de nada. Alguien ha robado esas joyas.

—No, pequeña. Eso sí que no lo creeré… Tú nunca pusiste las

joyas en el compartimiento. Las llevas en otra parte.

—¿Dónde?

—Quizá estén aquí.

—Puedes registrar toda la habitación, si quieres.

—No puedo perder el tiempo, querida. Prefiero que me lo digas tú.

—Bill, me estás hartando.

—Tú ya me hartaste a mí, y te recomiendo que lo tomes en cuenta, o te puede pasar algo muy malo.

—¿Qué cosa?

—¿No lo supones? Estoy dispuesto a todo por conseguir esas joyas. ¿Lo oyes bien…? A todo.

Melinda apretó los dientes.

—Está bien, tendrás las joyas.

—Bravo.

—A condición de qué me des la mitad.

—Está bien, preciosa. Cuenta con el cincuenta por ciento.

Melinda se dirigió al tocador.

Tiró de un cajón y sacó un revólver. Fue a volverse pero no se dio cuenta de que Bill había caminado silenciosamente detrás de ella.

Maddern le pegó con el filo de la mano en la muñeca y, a continuación, le asestó un puñetazo en la cara.

Melinda se derrumbó en el suelo dando un chillido. Maddern se agachó sobre ella y la atrapó por el cabello.

Luego, dándole un tirón fuerte le levantó la cabeza, acercándola a su cara.

—Melinda, debería arrancarte la piel por jugarme sucio. Pero te voy a dar una oportunidad Sólo una. ¿Lo entiendes? Tienes diez segundos para decirme dónde están las joyas…

—Están en la sombrilla.

—¿Cómo?

—En el puño de la sombrilla. Está hueco.

—Será mejor que esta vez hayas acertado… ¿Dónde está la sombrilla?

—¿No la ves? Allí en el rincón, apoyada.

Bill tomó el revólver que ella había esgrimido y lo guardó en su bolsillo. Luego, cogió la sombrilla del rincón. Hizo girar la

empuñadura, la cual cedió a su impulso.

A continuación, Maddern miró el hueco y vio refulgir las piedras preciosas engarzadas en las joyas.

Se echó a reír.

—Nena, tienes talento… Palabra que sí.

—Has dicho que me darías la mitad.

—Eso fue antes de que intentases matarme.

—¡Tengo derecho a una parte del botín!

—Yo te daré lo que te corresponde —dijo Bill y con la otra mano sacó el revólver de Melinda. La hermosa viuda desorbitó los ojos.

—¿Qué vas a hacer, Bill?

—Ya te lo he dicho. Darte lo que mereces.

—¡No!

—Esto fue un juego. A mí me tocó ganar y a ti perder —contestó Maddern y apoyó la sombrilla con las joyas en la pared.

—Bill, siempre me quisiste.

—Siempre no. Hubo un tiempo en que me resultaste fascinadora. Pero tengo la impresión de que eso ocurrió hace un millón de años.

—Sigo siendo hermosa.

—Sí, lo eres, pero te exhibiste demasiado por el mundo. Estás muy vista.

—Sólo he sido una coqueta. ¿Lo oyes, Bill? He coqueteado con los hombres, pero nunca dejé que llegasen demasiado lejos.

—Lo siento, pequeña, pero eso no me sirve. Ya te lo he dicho… Perdiste todo interés para mí.

Ahora, con este dinero, tendré docenas de mujeres como tú.

Melinda se dispuso a chillar al ver que Bill arqueaba el dedo en el gatillo.

Pero, de pronto, Maddern oyó una voz a sus espaldas.

—No dispares, Bill, soy yo quien te manda al infierno.

Bill Maddern se quedó envarado. Aquella voz le recordó a alguien que conocía bien.

Pero era algo completamente absurdo. No, sólo podía ser una coincidencia.

—¿Quién es usted?

—La persona de la que más se habla.

Maddern tragó saliva mientras volvía la cabeza.

Entonces, creyó que la sangre se helaba en su venas, porque el

hombre que estaba allí no era otro que su íntimo amigo, el esposo de Melinda, el senador Gregory Sawson.

CAPÍTULO XVIII

—¡Gregory! —exclamó Maddern.

El senador sonrió.

—Me has obligado a resucitar, Bill.

—Pero ¿qué significa lo del ataúd?

—Es un muñeco.

—Tú te moriste…

—Sólo simulé un desmayo.

—El médico dijo que tú habías muerto de un ataque al corazón…

—El doctor estaba de acuerdo conmigo.

—Pero ¿por qué?

—Por doscientos mil dólares en Joyas, ¿te parece poco?

—Podías haberlas sacado del país estando vivo.

—No, Bill. Yo estaba entrampado, debía mucho dinero y haba llegado al límite. De haber tenido dinero los acreedores lo habrían sabido y se hubiesen echado encima de mí…

—Ganaste mucho vendiendo tus favores como político influyente.

—Sí, gané mucho, pero gastaba más. Es el defecto de ser un personaje. Uno se acostumbra a vivir con lujo y ya no puede prescindir de él. En fin, ¿para qué contarte mis penas? Todo eso ha quedado muy atrás, puesto que ya estoy muerto. Estamos a punto de acabar. Melinda y yo nos vamos a México y allí iniciaremos una nueva vida. No tenemos que preocuparnos por el futuro.

—Sí, Gregory… Has demostrado ser más listo que todos…

—Pon ese revólver sobre la mesa, Bill —ordenó el senador con voz ronca.

—¿Qué vas a hacer, Gregory?

—Anda, pon el revólver donde te he dicho, y deja de hacer preguntas tontas.

Maddern tragó saliva.

—Soy tu amigo.

—Claro que eres mi amigo.

Maddern sonrió forzosamente.

—Siempre hemos estado muy unidos, Gregory.

Dejó el revólver en la mesa y se secó el sudor de la mano derecha en el pantalón.

—Gregory, ¿quién sabe lo tuyo?

—Nadie, excepto Melinda y tú.

—Pero ahora has salido a la superficie. Quieres irte a México. Yo iré con vosotros.

—¿Para qué te necesitamos?

—No puedes dejar que nadie te vea… Melinda y yo nos ocuparemos de eso. El éxito de tu estratagema consiste en que sigas muerto.

—Desde luego.

—Supuestamente, seguirás viajando en el ataúd y yo acompañaré a Melinda porque no tiene nada de extraño que lo haga. Soy vuestro mejor amigo.

Hubo un silencio.

Melinda se puso a tararear una canción.

Maddern miró a su espalda y vio que la joven se estaba peinando frente al espejo, como si nada pasase.

—Melinda —dijo Gregory—. ¿Has oído a nuestro amigo Bill?

Melinda interrumpió su peinado y miró con sus bonitos ojos a Maddern.

—¿Sabes lo que eres, Bill…? Un gusano. Hace un momento querías matarme.

—Perdí la cabeza.

—Sí, eso es lo malo de los tipos ambiciosos como tú, que pierden la cabeza en el momento que más la necesitan para reflexionar.

Gregory Sawson soltó una risita.

—Bill, parece que no le has caído bien a Melinda y apuesto a que ella no aprueba tu plan de acompañarla a México mientras yo siga muerto.

—Gregory, lo que se me ha ocurrido es muy sensato… Las cosas

no están como cuando llegasteis a Jefferson City.

—¿Tú crees eso?

—Se ha entrometido demasiado gente, Gregory, y sobre todo hay un tipo que inspira respeto. Se llama Chuck Marlowe. Melinda lo conoce bien. Es un tipo que maneja el revólver como nadie y ha olfateado el botín…

—Vaya, un superhombre —comentó Gregory.

—Lo creas o no, es alguien muy especial.

—Gracias por la advertencia, Bill, pero si ese Chuck Marlowe sigue, metiendo la nariz donde no debe, lo dejaré chato de un balazo.

—Tú no podrás hacer eso porque estás muerto.

—No te preocupes. Lo haré, y seguiré siendo un cadáver. ¿No has oído decir que los muertos aparecen y desaparecen?

William Maddern se mojó los labios con la lengua.

Estaba pasando un mal rato. Por su cara corrían ríos de sudor.

—Gregory, sólo tendrás que darme una pequeña parte del botín.

—Ni un centavo. No te corresponde nada. Tú vas a estar muerto, pero muerto de verdad.

—¡No, Gregory!

Sawson sonrió otra vez enseñando unos dientes muy juntos y blancos.

—Para el viaje al más allá no necesitas ninguna joya, Bill.

—¡No puedes matarme!

—Es necesario. Anda, Melinda, tráeme uno de esos almohadones para ahogar el disparo.

Los ojos de Maddern parecieron salir de las órbitas.

—No, Gregory. Estás bromeando. No me vas a matar.

Sin embargo, vio que Melinda atrapaba uno de los almohadones para entregárselo a Gregory.

—¡Espera, Melinda! —gritó.

La hermosa mujer se detuvo con las cejas enarcadas, pero reflejando en su rostro una gran ironía dijo:

—Te metiste en esto por tu propia voluntad, Bill. Y fue un error por tu parte. Nunca has tenido los sesos que hacen falta para llevar a cabo un buen negocio. Eso es lo malo de ti, que jamás has sabido que eres un hombre con unas posibilidades pequeñas.

—Quizá tengas razón.

—Eres muy amable al admitirlo.

—Me marcharé. No quiero nada. Todo para vosotros.

—Eres un ingenuo —dijo Gregory Sawson. ¿Crees que te podemos dejar marchar?

—No lo diré a nadie.

—¿Qué es lo que no dirás?

—Que estás vivo. Tienes mi palabra, Gregory. Tú estás muerto, completamente muerto.

—No, Bill no sirve. Una cosa es prometer y otra cumplir.

—Yo cumpliré. —Lo siento, Bill.

El senador atrapó el almohadón que Melinda le alargaba.

—¡No! —gritó Maddern y se volvió para recuperar el revólver que había dejado sobre la mesa.

—¡No hagas eso, Bill! —le gritó Melinda pero William Maddern ya había disipado sus últimas dudas con respecto a Gregory.

Ahora sabía que el senador resucitado lo iba a matar.

Gregory Sawson tenía todas las ventajas, y no perdió ninguna.

Ya había rodeado el revólver con el almohadón y apretó el gatillo.

Maddern terminó de volverse por su proyectil se incrustó en la pared.

La bala que puso en camino el senador mató al ambicioso Maddern, porque le partió el corazón.

La puerta se abrió y Sawson dio media vuelta para disparar otra vez.

Chuck Marlowe, que era la persona que entraba, tuvo que hacer fuego sin detenerse.

Gregory Sawson se tambaleó con una bala en los intestinos. Lanzó un aullido de dolor y se desplomó. En su camino golpeó la empuñadura hueca de la sombrilla y las joyas saltaron de su escondite y se desparramaron por el suelo.

La señora Sawson, muy pálida, corrió al lado de su esposo.

—¡Gregory…! ¡Háblame, Gregory! ¡No quiero que mueras ahora que vamos a ser ricos…!

Sin embargo, el senador Sawson ya no le podía contestar, por la sencilla razón de que estaba muerto, y esta vez era un cadáver para siempre.

EPÍLOGO

Los ciudadanos de Jefferson City se aglomeraban al final de la calle Mayor. El ataúd descansaba sobre un entarimado. El alcalde decía:

—Damas y caballeros, es un día triste para Jefferson City porque hoy despedimos al senador Gregory Sawson, que emprende el último camino… La viuda estaba de pie, ante el túmulo, y se le veía bonita a través del velo trasparente. Un poco alejado, en la acera, el *sheriff* Cárter Clyde hablaba con Chuck Marlowe.

—Es usted un suertudo, Marlowe. Ha conseguido el diez por ciento de la recompensa. Nada menos que veinte mil dólares.

—Le daré un donativo para las viudas, *sheriff*.

—Muy reconocido —contestó Cárter Clyde haciendo rechinar los dientes.

Chuck sintió que lo tironeaban del brazo. Era Petula Jones, quien había recuperado el ataúd de su abuelo, el cual se encontró cerca del cementerio.

—Eh, Chuck que llegamos tarde…

—Oh, sí perdona Petula. Se me había ido el santo al cielo.

El *sheriff* preguntó:

—¿Adonde van?

—A casarnos, *sheriff*. Queda invitado.

—Tengo que estar aquí… Es mi deber.

El ayudante del *sheriff*, Stephen, se rascó una oreja y dijo:

—Yo prefiero las bodas, jefe. Para usted el funeral.

Y se marchó detrás de los sonrientes novios.

FIN